

La Ilustración Artística

AÑO XVIII

BARCELONA 28 DE AGOSTO DE 1899

NÚM. 922

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



TRES GENERACIONES, cuadro de L. Gros (Salón de Paris de 1899)

SUMARIO

Texto.—*De Europa*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos. — Escuelas del Ave María en el camino del Sacro Monte de Granada, fundadas y dirigidas por el Rdo. Sr. D. Andrés Manjón.* — *Mujer y mártir*, por P. Gómez Candela. — *Nuestros grabados. — Problema de ajedrez. — Corazón de sacerdote, novela ilustrada (continuación).* — *Descubrimientos arqueológicos en Cartago*, por H. Lauriston.

Grabados. — *Tres generaciones*, cuadro de L. Gros. — *Don Andrés Manjón*, fundador y director de las Escuelas del Ave María. — *Vista general de las Escuelas del Ave María en el camino del Sacro Monte de Granada: Grupo de alumnos y profesores: Clase de niñas; Clase de Música para párvulos: Clase de Geografía.* — *En la playa*, dibujo de Pedrero. — *Una boda en la alta montaña catalana*, cuadro de A. de Ferrer. — *República oriental del Uruguay. Salto. Procesión cívica organizada por la colonia española con motivo del fallecimiento de D. Emilio Castelar.* — *Músicos italianos trashumantes*, cuadro de M. Barbassán. — *El río del Olvido*, cuadro de T. Hughes. — *M. Labori.* — *Julio Guerin.* — *París. La calle de Chabrol.* — *Jacobo Maris.* — Figs. 1 á 3. Descubrimientos arqueológicos en Cartago. — *El Dolor consolado por el Recuerdo*, relieve de Leonardo Bistolfi.

DE EUROPA

Decíamos ayer, es decir, hace quince días, que el rey de Servia, el de nombre de ave de rapiña, no había inspirado el menor interés á sus súbditos y menos á los que no lo somos, cuando Jura Kezenevich atentó á su vida; porque la conducta, el carácter y los antecedentes del monarca servio no son los más á propósito para conmover á las almas sensibles si el azar le hiciese víctima de eso que el rey Humberto de Saboya llamaba *quiebras del oficio*. Desde que estampé la anterior apreciación, el drama de Belgrado se complica y aparece más sombrío y confuso. Unos afirman que el propio Milano armó el brazo del supuesto asesino, ensayándole la innoble comedia que había de representar para dar pretexto á tiránica represión; otros creen que el regicida en efecto quería suprimir á Milano, y que, frustrado el crimen, porque todo no se perdiese, el monarca aprovechó la ocasión de dar vado á sus rencores contra el partido liberal, que allí por lo visto no es un embolado como aquí.

* *

Erizan los cabellos y nos retrotraen á las épocas más ignominiosas de la historia las relaciones de la prensa acerca de lo que en Belgrado ocurre. A las altas horas de la noche se ejecuta la justicia del rey, y son arrojados al agua cadáveres. Consejos de guerra parecidos á nuestras comisiones militares de siniestra recordación, funcionan activamente, y los infelices prisioneros que no tengan guardadas las espaldas por la protección del oso, ó dígame de Rusia, irán probablemente á servir de blanco á las balas, arrojados á algún glacis de fortaleza, ó en un foso sordo y mudo, de esos que ahogan las quejas y sofocan la protesta eternamente. Increíble se nos figura que tal estado de cosas pueda comprobarse en parte alguna á fines de este siglo; inverosímil que la machacona de la historia repita y repita la muletilla de los tiranos, — pero en verdad la historia es un baile de trajes donde mezcladas y confundidas se ven figuras de todas las épocas, y á Milano le toca danzar en ese baile con vestidura propia de épocas bárbaras, de esas en que era dogma el derecho del soberano sobre la vida y la libertad de sus vasallos míseros.

* *

No hay que profesar ideas republicanas para encontrar monstruoso esto que sucede en Servia. Agrava lo triste del espectáculo la consideración de lo que moralmente vale quien lo da. Llamaos Pedro el Grande, y podremos excusaros si degolláis á los Strelitz: para eso habéis formado á hachazos, puñadas y palos una colosal nación. Llamaos Felipe II, y no faltará quien os vindique y defienda si abreviáis la vida de vuestro propio hijo y ejecutáis secretamente á los que os sirven de obstáculo. Pero llamaos Milano; sed el coquito y el bufón de los salones equívocos y el parroquiano de los templos de Baco y Citera y los garitos elegantes; aceptad dinero por dejar el trono y malgastadlo como malgastaría un estudiante perdido la mesada que le envía el padre allá desde un lugarón; pudríos el alma y el cuerpo en la infecta atmósfera de la constante bacanal; y cuando os veáis asediado de acreedores, volved al país que tuvo la desgracia de hallarse bajo vuestro yugo, y que ya se creía libre de vuestra presencia, y volved, no para descansar y enmendaros, sino para plantear el terror y ahogar los gérmenes de la civilización europea, que principiaban á despuntar tímidamente, — y entonces os aseguro que dondequiera habrá voces para maldeciros y frases de irremisible condenación. Un espíritu culto, una voluntad desligada de las ca-

denas que forja casi siempre el interés propio, no acierta á esclavizarse á una forma de gobierno. ¿Qué son las formas de gobierno? Adaptaciones á la realidad política; y si creemos que son otra cosa, las convertimos en entidades metafísicas, hijas de la superstición. Me reconozco monárquica en Inglaterra y en Rusia; pero en Servia, me siento republicana. Los servios deberían imitarme.

* *

No ha sido estéril, como anunciaban los pesimistas, la conferencia del Haya. Se han adoptado en ella acuerdos que algo modificarán en lo sucesivo ciertos aspectos de la guerra. Si alguien había supuesto que con una conferencia internacional la guerra desapareciese del todo, y se cerrase el templo de Marte para siempre, culpe el tal á su propia candidez. La obra de extinguir una plaga como la guerra no puede ser rápida; hoy sólo vislumbramos la posibilidad; el hecho, ¡quién sabe á qué siglo le será dado anotar en sus fastos luminosos!

Ni es tampoco lo mismo el desarme que la paz perpetua, y uno y otra no tienen que ver con las medidas de humanidad que prescribe el derecho de gentes y de que propenden á hacer caso omiso las naciones poderosas y engrédas de su fuerza. Aunque esas naciones hagan lo que ahora hizo Inglaterra — no comprometerse á no emplear ciertos pertrechos y ciertos proyectiles, — la cuestión queda planteada é Inglaterra misma tendrá que mirar algo más en lo sucesivo cómo procede. A no ser por la Conferencia, ignoraríamos lo concerniente á las balas *dumdum* y á otras crueles invenciones. Hay que darse cuenta de cómo, en cuestiones de este género, trabaja la opinión pública: cuando escribimos «Inglaterra se conduce de tal modo, Inglaterra se niega á tal cosa,» nos expresamos inexactamente: deberíamos decir que la parte hoy más fuerte de la opinión inglesa se ha impuesto en determinado sentido, pero no olvidemos que otra parte, más reflexiva, más honrada, trabaja en el opuesto, y llegará á sobreponerse. Del seno de Inglaterra saldrá mañana el impulso hacia otra Conferencia, pese á las predicciones del *Standard* y de los *rapiñistas* que aspiran, sin reparar en medios, á que el planeta sea una serie de factorías y colonias británicas, y á que se hable inglés dondequiera que la voz humana agite el aire. Locura del dominio universal, locura vieja como el mundo, delirio de Roma, delirio de Alemania en la Edad Media, de España con Carlos V, de Francia con Napoleón: negación ciega y orgullosa de la personalidad de los pueblos, siempre castigada por el destino.

* *

Tampoco fracasó la Conferencia, muy al contrario, en lo que se refiere á la mediación y al arbitraje. Ya es mucho que el arbitraje sea oficialmente reconocido por la más apetecible solución de cualquier conflicto entre naciones y potencias. La idea quiotesca de que todo se resuelve á cintarazos ó á cañonazos queda relegada adonde merece. El tribunal internacional de arbitraje queda moralmente establecido. Cada día serán más respetados, aun en caso de conflagración, los derechos de los neutrales, la propiedad privada, los puertos no fortificados en las guerras navales, y cada vez la bandera blanca, el pedazo de tela, resguardará mejor contra las bombas el edificio en que se refugian la caridad, la religión, la enseñanza, la beneficencia. Y la voz de León XIII, al dirigirse á la joven soberana de los Países Bajos, la voz del anciano que habla á la virgen, ha sido, al finalizar esta Conferencia en mi concepto memorable, como un himno á la Paz, aspiración suprema de los pueblos cristianos. Los católicos sabemos bien que la Iglesia quiere paz, que el papa, el blanco papa, siente horror al derramamiento de sangre. La paloma del Espíritu Santo, no llamada á la Conferencia, descendió sobre ella por último.

* *

No siempre hemos de hablar de alta política y de las cuestiones que afectan al mundo entero. Alguna vez, en estas crónicas, ha de surgir de la epopeya el episodio lírico. Y de un lirismo ameno, crónico y ejemplar es el caso ocurrido al romancesco inglés Mister John Arland.

Estragos hizo y sigue haciendo entre los ingleses, más soñadores de lo que se cree, el ejemplo y el recuerdo de Lord Byron y de sus tropelías y arrebatos. Sábese que su poema *El Giaour* se funda en una aventura que realmente le acaeció en Constantinopla, cuando salvó de la muerte, robándola en foso corcel, á una odalisca sentenciada á ser arrojada

al Bósforo en un saco de cuero, en la atroz compañía de un gato vivo y una serpiente. Y el inglés que viaja por Turquía se acuerda del gallardo *Giaour* y del poeta excelso. — Mister John, en los jardines de Eyub, ve á una hermosa á quien escoltan eunucos: la obsequia con flores, soborna á los guardianes, combina la fuga y el rapto, derrocha libras esterlinas, y después de mil incidentes de susto y de emoción, consigue embarcarse acompañado de la oriental beldad con rumbo á la India inglesa. Y á bordo, cuando el idilio se desarrollaba al fulgor de las estrellas y al arrullo de la salitrosa brisa, el hijo de la Gran Bretaña nota de pronto que la odalisca voluptuosa y lánguida habla un inglés correctísimo, y usa los adornos que usan las *girls* de Albión; hasta que por fin averigua que tiene á su lado, en lugar del *fantasma de Oriente* descrito por Pierre Loti, el exotista encantador, á una institutriz irlandesa convertida en manceba por su amo, general del ejército otomano. Para tal conquista galante había dejado el inglés saquear su cartera y se había expuesto á algún escarmiento de la policía turca, que suele gastar chanzas pesadas.

* *

Termino esta crónica bajo la impresión de las noticias relativas á la aparición en Oporto de la peste de Bombay. Indescriptible el pánico que han sembrado en esta zona de Galicia, próxima á la raya portuguesa. La mayor parte de los bañistas que aquí se dirigen, traen su billete de ida y vuelta por Portugal, y andan consternados, medio locos.

Para la aparición del bubón asiático, ningún punto más indicado que los barrios pobres de Oporto. La suciedad de tales barrios subleva el estómago y alarma al higienista. Campo fértil encontró allí de seguro el *bacillus* indiano, cultivado también en el desaseo é indiferencia de los sectarios parsis y de los budistas místicos, que tienen por modelo á esos ascetas inmóviles en cuyo enmarado pelo hacen nido las aves. Día dichoso aquel en que el mundo entero se persuada de que es preciso lavar, desinfectar, purificar: el alma y el cuerpo.

EMILIA PARDO BAZÁN

PENSAMIENTOS (I)

El bien y el mal tienen sus progenitores, pero con esta diferencia, que el bien es hijo del esfuerzo y al mal le basta el abandono.

Una buena educación, cueste lo que cueste, es siempre barata. No es, pues, dinero tirado el que se gasta en formar hombres productores y honrados.

En el patrimonio de los ricos tienen los pobres su parte; y si aquéllos llevan la administración, es á condición de no retener ni malgastar en caprichos y superfluidades el peculio de éstos.

Culpable indiscreción será quitar al pobre verdadero lo que se da al fingido, privar al vergonzoso de lo que se arroja al descuido, preferir la necesidad incierta ó dudosa á la bien conocida, distribuir en tonto á niños vagabundos de padres degenerados lo que se niega á niños recogidos y aplicados que asisten á la escuela desnudos y con hambre.

El pensamiento de nuestras Escuelas es educar á los niños en sitios sanos, alegres y amenos donde á nadie molesten con sus juegos y cantos ni nadie los moleste con sus impertinencias. Por esto preferimos el carmen risueño, espacioso, solitario y ameno, donde los niños, viviendo en medio de la naturaleza y gozando de todos sus encantos, simpaticen con ella y se desarrollen física y moralmente con menor esfuerzo.

La visita personal, el tocar y ver de cerca la necesidad del pobre y desvalido aprovecha más al alma y la dispone para el bien mucho mejor que los más bellos discursos acerca de la caridad y la limosna. Quien visita al pobre sale siempre enriquecido y tanto más cuanto más le socorra.

Es indudable que conviene educar al niño en la belleza, ya porque está formado para ella, ya porque le produce placer, ya porque le ayuda al cultivo de la voluntad y la inteligencia.

En la escuela está la salvación ó la ruina; si los niños no nos salvan, perdidos estamos.

La escuela lo puede todo, pero es cuando todo es escuela para la perfección; cuando el sacerdote educa en el templo y en la calle, el amo en la fábrica, el propietario en su finca, el oficial en su cuartel, el padre entre sus hijos, el jefe á sus subordinados, el legislador legislando, el gobernador administrando, el magistrado juzgando, el escritor escribiendo y todo el que sepa, valga ó pueda algo empleándolo en mejorar, ayudar y levantar á sus semejantes.

Dar letras sin pan al niño que nada tiene que comer sería martarlo; pero darle pan sin escuela, sujeción ni disciplina alguna, es hacer de la caridad la nodriza de la vagancia, es convertir la virtud más hermosa y simpática en madre de la haraganería. El niño que en los primeros años de su vida se acostumbra á vivir pidiendo y mintiendo, sin sujetarse á enseñanza, arte ni oficio alguno, es un ser inútil para toda la vida y peligroso, porque pidiendo es como se aprende á tomar y de la ociosidad no hay nada bueno escrito.

DR. ANDRÉS MANJÓN

(I) Entresacados de las memorias anuales de las Escuelas del Ave María en el camino del Sacro Monte de Granada.

ESCUELAS DEL AVE MARÍA EN EL CAMINO DEL SACRO MONTE DE GRANADA

FUNDADAS Y DIRIGIDAS POR EL RDO. SR. D. ANDRÉS MANJÓN

En las inmediaciones de Granada, en los poéticos cármes que se extienden junto al camino del Sacro Monte, existe una institución benéfica, única en



D. ANDRÉS MANJÓN, fundador y director de las Escuelas del Ave María.

su clase, las Escuelas del Ave María, fundadas y dirigidas por D. Andrés Manjón, catedrático de la facultad de Derecho en la Universidad granadina y canónigo del Sacro Monte.

Son escuelas al aire libre en donde se enseña por procedimientos originalísimos, y aunque á primera vista pudiera creerse que se trata de una imitación de las escuelas Froebel ó jardines de la infancia, á poco que se analicen su pensamiento, su organización y su desenvolvimiento, se comprenderá que no hay tal imitación, sino que se trata, como antes hemos dicho, de una institución única en su clase y tan digna de estudio y de alabanza como las más perfeccionadas del extranjero que como modelos se citan. Decimos mal; las Escuelas del Ave María son más dignas de alabanza y de estudio que éstas, puesto que se deben al esfuerzo de un solo hombre que sin más patrimonio que su voluntad firme y enérgica y sin más ayuda que su confianza en Dios y en la caridad ha acometido y llevado á feliz cima una empresa tan grande ó más que las realizadas en otras naciones mediante el constante y valioso apoyo del Estado, de las provincias, de los municipios ó de corporaciones importantes que las han dotado pródigamente de todo cuanto puede ambicionar la más exigente pedagogía.

Nunca como ahora hemos sentido que la índole de nuestro periódico no nos permita dedicar á un asunto todo el espacio que éste merece y que nuestro mayor gusto sería consagrarle. Un número entero de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA no bastaría para explicar debidamente lo que son las Escuelas del Ave María, cómo se fundaron, cómo se han ido desarrollando, qué procedimientos educativos en ellas se emplean con qué recursos cuentan, cuáles son las aspiraciones de su ilustre fundador.

En la imposibilidad de entrar en detalles acerca de todo esto, nos limitaremos á dar de ello noticia á grandes rasgos, y á fin de aprovechar el espacio de que disponemos, pondremos punto final al preámbulo y entraremos desde luego en materia, no sin consignar antes: primero, que los datos que vamos á exponer los tomamos de las interesantísimas memorias anuales que la institución publica para dar conocimiento á los bienhechores del estado de la obra; y segundo que para no desperdiciar el espacio tasado de que disponemos, omitiremos todo comentario á fin de reproducir el mayor número posible de los admirables párrafos de dichas memorias, que en el alma sentimos no poder copiar íntegras.

«El pensamiento final de estas Escuelas — dice el Sr. Manjón en una de ellas — es educar enseñando, hasta el punto de hacer de los niños hombres y mujeres cabales, esto es, sanos de cuerpo y alma, bien

desarrollados, en condiciones de emplear sus fuerzas espirituales y corporales en bien propio y de sus semejantes; en suma, hombres y mujeres dignos del fin para que han sido creados y de la sociedad á que pertenecen. Para conseguirlo, recibimos en nuestros jardines escolares á los niños desde tres años, y no los dejamos, si ellos no nos abandonan, hasta que estén colocados en su casa, y nunca del todo.»

Para conseguir este fin el mejor medio es la educación, y «para educar al mayor número posible por el mayor tiempo posible, se ha organizado todo un sistema de Escuelas que, además de estar acomodadas á las diferentes edades, sexos y condiciones, concurren todas á redondear el pensamiento de producir una educación perseverante y acabada.»

La realización de esta empresa educadora, que consiste en instruir y formar costumbres, ofrecía grandes dificultades que desde el primer momento hubo de comprender el Sr. Manjón, dado el modo de ser de las gentes cuyos hijos se proponía educar, y que sintetiza admirablemente cuando dice:

«Estas dificultades pueden reducirse á seis principales, que están á la vista de todos, además de otras imprevistas, hijas de la torpeza ó del abuso de la libertad humana y las propias de todo asunto complicado:

- »1.^a La suma ignorancia, que para todo estorba.
- »2.^a La extremada pobreza, que es mala consejera.
- »3.^a La desmoralización de la familia, sin la cual no hay hombres.
- »4.^a El escándalo público, devastador de la inocencia.
- »5.^a El fermento de la raza gitana, contumaz á la cultura.
- »6.^a Lo inveterado del mal, que produce el desahucio.»

Pero así como contra los siete pecados capitales hay siete virtudes, el Sr. Manjón tiene para esas seis dificultades seis remedios:

- 1.º Contra la suma ignorancia, la instrucción hasta donde se pueda.
- 2.º Contra la extremada pobreza, el socorro hasta donde se pueda.
- 3.º Contra la desmoralización de la familia, la recta constitución y ordenación de ésta.
- 4.º Contra el escándalo público, la influencia de una moral social severa y del buen ejemplo.
- 5.º Contra el fermento de la raza gitana, hasta ahora contumaz á toda civilización, una labor especial para mejorarla y algo que tienda á remover todo fermento que no sirva sino para inficionar la masa.

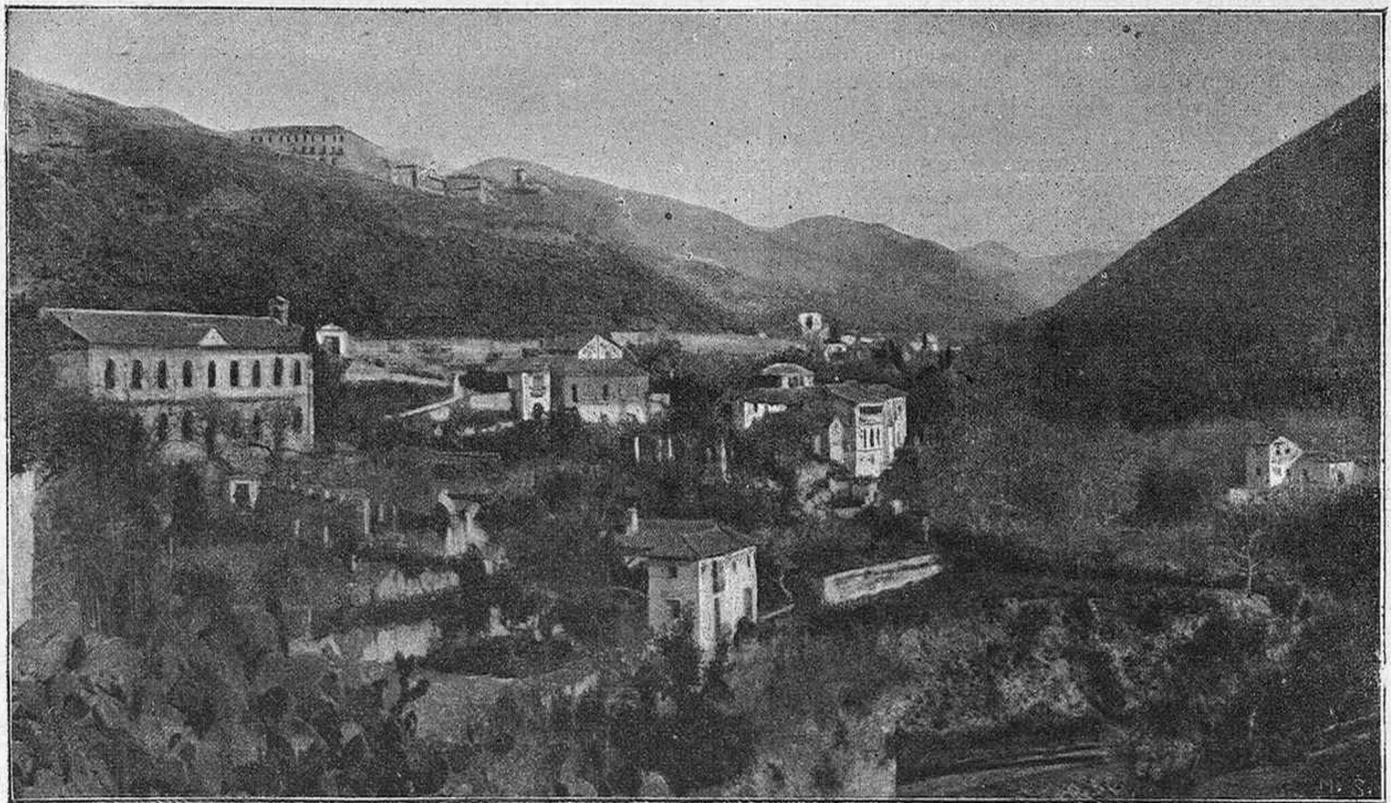
tantos problemas arduos. Y sin embargo, el Sr. Manjón, que tan sencillamente los plantea, los ha resuelto con no menos sencillez en lo que de él ha dependido, y los éxitos asombrosos por él alcanzados son la prueba más elocuente de lo que podría conseguirse si hubiese en nuestra patria unos cuantos hombres que pusieran al servicio de sus semejantes el talento, las energías y sobre todo la fe y la caridad que el Sr. Manjón ha puesto al servicio de los desvalidos niños de Granada.

Veamos cómo esos remedios han sido por él llevados á la práctica.

«La limosna de una buena enseñanza — dice — es una de las mejores si no la mejor y más grande de las caridades. Entre las obras de misericordia, la primera de las que se refieren al alma es «enseñar al que no sabe.» Esta enseñanza, ¿dónde debe comenzar y concluir?, ¿qué ha de comprender y cómo se ha de dar? Debe comenzar cuanto antes, acabar lo más tarde posible, abarcar cuanto es necesario á la vida y darse en forma acomodada al estado y capacidad de quienes la reciben; debe descender hasta donde los educandos se encuentran, que es en el cero de la ignorancia, ascender con ellos despacio y con perseverancia, impulsar á los más dispuestos y aplicados para ayudarlos á subir una escala en la gradación social y facilitar á todos los caminos de la vida. Nuestras escuelas todas se ordenan á esto. A los niños párvulos se dan nociones de todos los conocimientos de la primera enseñanza; á los medianos se les amplían y á los mayores se les completan; saliendo de entre éstos los más aplicados y dispuestos para seguir estudios y permaneciendo en las Escuelas de Adultos los que se dedican á otras profesiones ú oficios.»

Las materias que en las Escuelas se enseñan son: doctrina cristiana, historia sagrada, lectura, escritura, aritmética, geometría, geografía, historia patria, labores y oficios para ambos sexos, música y canto, magisterio, segunda enseñanza, gimnasia é higiene. Y todas estas materias se enseñan por un procedimiento simpático, intuitivo, progresivo y eminentemente práctico, del cual vamos á dar algunos ejemplos que tomamos del interesantísimo relato hecho por el distinguido publicista D. Federico Olóriz en el Ateneo de Madrid en la sesión del 16 de diciembre de 1898, dedicada á propagar las fundaciones de D. Andrés Manjón.

«Una verja que tenía por remates grandes letras de hierro, á la vez que cercaba una parte del terreno evitando caídas por diferencias de nivel, servía para el juego á las esquinas, y unas veces nombrando la



ESCUELAS DEL AVE MARÍA EN EL CAMINO DEL SACRO MONTE DE GRANADA. — VISTA GENERAL (de fotografía remitida por F. Pons)

- 6.º Contra males inveterados y profundos, remedios seculares y radicales.
- Estos remedios, aparentemente fáciles, á poco que sobre ellos se medite, se verá que constituyen otros

letra correspondiente á cada puesto y otras bautizando éstos con nombres geográficos ó históricos, se logra que los pequeños, al correr de la M á la Z y de la B á la J, aprendan sin trabajo el alfabeto, y que

los grandes, cambiándose de Portugal á Rusia y de Grecia á Noruega, se familiaricen con los nombres de las naciones europeas y hasta conserven para siempre el recuerdo de los principales personajes de cada

pidísimas correrías por toda la península, hubo batallas de Calatañazor y de las Navas, con pastor y todo, y se representaron muy al vivo los episodios de la Reconquista hasta la apoteosis final alrededor de

riamente se distribuye pan y algún cocido á los más necesitados; por Navidad se viste á todos los asistentes; tres ó cuatro días al año comen todos juntos en sus respectivos colegios ó en el campo, y se les da pan, vino, paella y frutas ó pastas; en Pascuas de Navidad y Semana Santa son convidados á comer por grupos todos los niños; en las fiestas principales del Señor ó la Virgen comulgan y se les da chocolate, dulces, frutas ó almuerzo; en el Catecismo que se tiene los días festivos después de misa mayor, se sortean numerosos premios, consistentes en ropa, calzado, comida, libros, estampas y otros objetos. Las niñas mayores que trabajan en el costurero, lavadero ó planchadero, reciben un pequeño salario, según su trabajo y el estado de fondos de los talleres. Cuando imponen lo que ganan en la Caja de ahorros escolar, el sueldo es mayor y se les da el 1 por 100 de interés al mes, ó sea el 12 por 100 al año. Al niño pobre que pierde los padres se le viste de luto. Al adulto pobre que pretende casarse, se le facilitan los documentos y costea en todo ó parte el expediente, que á veces es obra de romanos. Al mozo á quien toca la suerte de soldado se le recomienda á sus jefes. Al trabajador que se halla parado se procura buscarle trabajo y al enfermo se le socorre cuanto se puede.

»Otros mil donecillos se distribuyen cotidianamente á los niños, ya para congraciarnos, ya para estimularlos ó socorrerlos, como son: confites, avellanas, higos, uvas, estampas, rosarios, medallas, escapularios, vales, prendas de vestir, monedas, libritos, revistas y periódicos no políticos ni inmorales, con otras muchas cosillas que no se pueden aquí enumerar porque dependen de la ocasión, la necesidad ó el capricho de los donantes.

»Lo que hace un padre por sus hijos, eso quisieramos hacer por todos nuestros discípulos, que también son hijos, pero hijos del alma.»

Mas el Sr. Manjón hace algo mejor que practicar la caridad en estas formas, y es inculcar los mismos sentimientos que él practica en los niños á quienes educa, y conseguir que voluntariamente, como la cosa más natural y menos meritoria del mundo, el que tiene algo lo reparta con el compañero que nada tiene.

— «El que puede — decíale uno de aquellos chiquillos al citado Sr. Olóriz — se lleva su merienda: mire usted aquí la mía: con este pedazo de pan hay para dos, porque como hay muchos que no tienen que comer, D. Andrés les da lo que puede y nos encarga á los que tenemos padres con jornal que llevemos de sobra para partirlo con los amigos.»

Nos hemos extendido más de lo que nos proponíamos en el examen de la enseñanza y del socorro



ESCUELAS DEL AVE MARÍA EN EL CAMINO DEL SACRO MONTE DE GRANADA. — GRUPO DE ALUMNOS Y PROFESORES

una, pues al empezar el juego, cada niño que prefiera un puesto recibe temporalmente el nombre de la figura nacional más importante relativo al pueblo representado por el poste de que arranca el jugador en sus carreras y al que debe volver en los intermedios. Un recitado durante éstos, ampliando las nociones histórico-geográficas adquiridas sin trabajo, en medio de la bulla y algazara, completa la instrucción de los muchachos, que atienden sin esfuerzo por hallarse cansados del trajín y por considerarse muchas veces aludidos cuando el profesor refiere algunos hechos del personaje que cada uno representa.

»Cerca de allí disputaban también de geografía unos cuantos muchachos que, sin saberlo, repasaban sin libros sus lecciones, á la vez que jugaban al salto del carnero ó de la muerte. Uno de ellos, doblado por la cintura, ofrecía el dorso como barrera; los demás en fila habían de saltarla por turno; el primero decía el nombre de un país, y el que llegaba corriendo á dar el salto tenía que decir el nombre de la capital, sin detenerse; una equivocación ó un retraso en contestar redimían de su incómoda postura al que hizo la pregunta y pasaba á sustituirle el que no supo contestarla bien ó á tiempo... Supe después que el mismo juego sirve para repetir la tabla de multiplicar, fechas históricas, conjugaciones y otros asuntos adaptables al sistema de preguntas y respuestas rápidísimas.

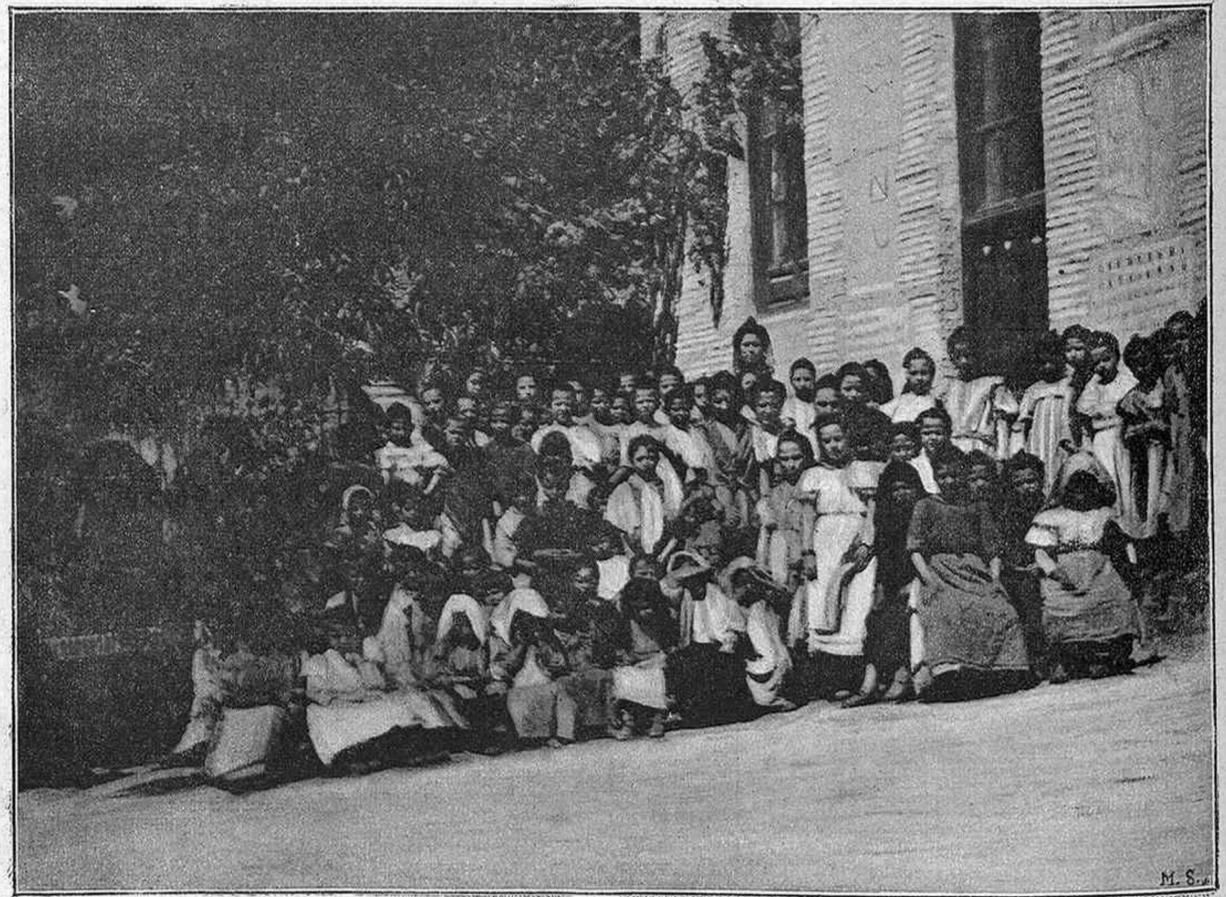
»Aún quiso el profundo é ingenioso pedagogo darme otra muestra de sus procedimientos para enseñar los pasajes principales de la historia patria, y me llevó á una parcela del jardín constituida por una línea de pequeños arbustos que trazaba en el suelo un gran mapa de España. Varias piedras blancas y poco salientes correspondían á los lugares de más interés histórico y otra piedra más alta hacía en el centro el papel de tribuna, pues á ella se subió un muchacho con una larga vara para hacer señales, y empezó á recitar la situación de España en los últimos años del imperio visigótico. Dos tropas de chiquillos se apostaron entretanto dentro y fuera del mapa: unos dispersos por la península y otros agrupados por la parte de Africa; pasaron éstos el estrecho poco á poco, á medida que el recitador describía la invasión sarracénica; acudieron los otros hacia el Mediodía para contenerla, al mando de un improvisado D. Rodrigo, y al decir el cronista la fecha exacta en que se dió la batalla del Guadalete, trabaron los dos bandos reñida escaramuza en que, para mayor propiedad, tuvo el rey godo la abnegación de tirarse al suelo para fingirse muerto. Corrieron los cristianos hacia el Norte, apiñáronse en Asturias, apareció un Pelayo, se repitieron las batallas con intermedios de recitados muy nutridos de fechas, nombres y noticias, huyeron los moros siempre que lo exigió la verdad histórica, se indemnizaron luego á las órdenes de un Almanzor, que halló manera de caracterizarse bien con un turbante y que dirigió con gran acierto muchas y ra-

la piedra que marcaba el sitio de Granada. Y véase cómo en media hora del juego más divertido que pudo imaginarse, repasaron los chicos la lección de historia, que sabían, sin duda, después de varias representaciones, mucho mejor y con más detalles que algunos de nuestros flamantes bachilleres.»

Análogos á éstos pudieran citarse otros cien ejemplos; pero con lo expuesto basta para demostrar cómo se enseña en las Escuelas del Ave María, cómo se remedia la primera dificultad de las antes mencionadas, «la suma ignorancia, que para todo estorba.»

Veamos ahora cómo se ha vencido la segunda: «la extremada pobreza, que es mala consejera.»

«Como al ignorante se le socorre enseñándole — dice el Sr. Manjón, — al pobre se le remedia socorriéndole. En nuestras Escuelas todo es gratuito para to-



ESCUELAS DEL AVE MARÍA EN EL CAMINO DEL SACRO MONTE DE GRANADA. — CLASE DE NIÑAS
(de fotografía remitida por D. F. Pons)

dos; el niño sólo pone su persona; de su cuidado y educación se encarga la casa. Además de no cobrar nada á nadie y darlo de balde todo, se premia la asistencia y la aplicación en la forma siguiente: Dia-

que se da en las Escuelas del Ave María, lo cual tiene disculpa si se considera que estas son las bases fundamentales sobre las que descansa la maravillosa institución que nos ocupa. Fuerza será, por

consiguiente, que extractemos en mayor proporción que hemos hecho hasta ahora lo mucho que aún nos queda por decir.
A fin de combatir la desmoralización de la familia,

Los resultados de tan hermosas doctrinas están demostrados en los siguientes párrafos: «Saben los que estos sitios conocen que para hallar un alcalde que sepa leer y escribir hay que encender cien candi-

¿Con qué recursos ha contado el Sr. Manjón para llevar adelante su obra?

«Más de una vez he temido por la obra; hoy ni dudo ni temo, porque las raíces que va echando la institución parecen augurarle larga y próspera vida. Esta mi esperanza se funda en la visible protección de Dios, en el vigoroso desarrollo de la obra y en las simpatías y apoyo social.»

Seguro de la ayuda divina, para impetrar el apoyo de los hombres, hace á éstos el siguiente sentido llamamiento: «Dada la importancia de esta obra, la magnitud del fin y de las dificultades que á él se oponen, es imposible que la pueda sostener é impulsar un solo hombre que no tiene otro capital que el de su trabajo, ni mayor talento que el de una medianía. Se trata de regenerar y salvar á un pueblo numeroso y caído; se trata de ensayar lo que puede una educación continuada con gentes y razas degeneradas; y para hacer este bien y por largo tiempo, para mejorar el cuerpo y el alma de tantos y tantos pobres conocidos que desean recibir educación y carecen de pan y de camisa; para llevar la luz, la esperanza y el consuelo á las miserables cuevas (por no decir antros ó pocilgas) donde habitan por cientos hermanos nuestros, destinados, si no se educan, á ser menospreciadas bestias ó fieras temibles, para todo esto se necesita el concurso y apoyo intelectual, moral y material de muchos individuos y corporaciones.

el Sr. Manjón ha hecho esfuerzos prodigiosos, coronados las más de las veces por el éxito, para legalizar uniones ilegales y legitimar hijos naturales, y ha conseguido, gracias á su sistema educativo, que los niños lleven á sus casas las sanas lecciones en las Escuelas aprendidas, haciendo fructificar entre sus padres las preciosas simientes que el virtuoso y sabio profesor sembró en sus almas.

Truena, con razón, el ilustrado sacerdote contra el escándalo, que influye de una manera desastrosa en la educación del niño; y después de señalar los medios morales de combatirlo y de pedir á la autoridad que lo reprima y que vele por las costumbres públicas, pone el remedio de su parte proponiéndose crear la Escuela de Artes y Oficios, donde, al revés de lo que generalmente sucede en los talleres, se respete y afirme la educación moral cívica y religiosa del niño.

Los gitanos, que constituyen un gran núcleo de población en ciertos barrios de Granada y cuyos hijos dan numeroso contingente de alumnos á las Escuelas del Ave María, son objeto de especial solicitud por parte del Sr. Manjón. «Son hijos de Dios y hermanos nuestros — dice, — y con esto está dicho lo que debemos hacer como cristianos; son seres racionales, y por lo tanto capaces de educación; viven entre nosotros, y si no son miembros útiles habrán de ser nocivos, porque gente que no entra en las escuelas ni templos suele entrar en la cárcel; y allí hay que mantenerla, y fuera de allí sostener un ejército de policía que la vigile y contenga.

»Los cristianos sabemos que Jesucristo vino á salvar á todas las razas, y los estadistas deben calcular en qué irá mejor empleado el dinero, si en escuelas ó en presidios.

»Hay que hacer algo serio por salvar á estos desgraciados, tan hijos de Dios y tan destinados á la virtud y á la gloria como nosotros. Ni es buen cristiano quien desespere de su salvación, ni es buen patriota quien viendo esta postema social no se interese por curarla ó extirparla, considerando que el mal no tiene otro remedio que la guardia civil y el calabozo. Vengan leyes ó cúmplanse respecto de los gitanos las que hacen obligatoria la primera enseñanza; reglántense sus profesiones, colóquense bajo el patronato de una institución celosa y bienhechora, y veremos si se hacen hombres ó presidiarios.»

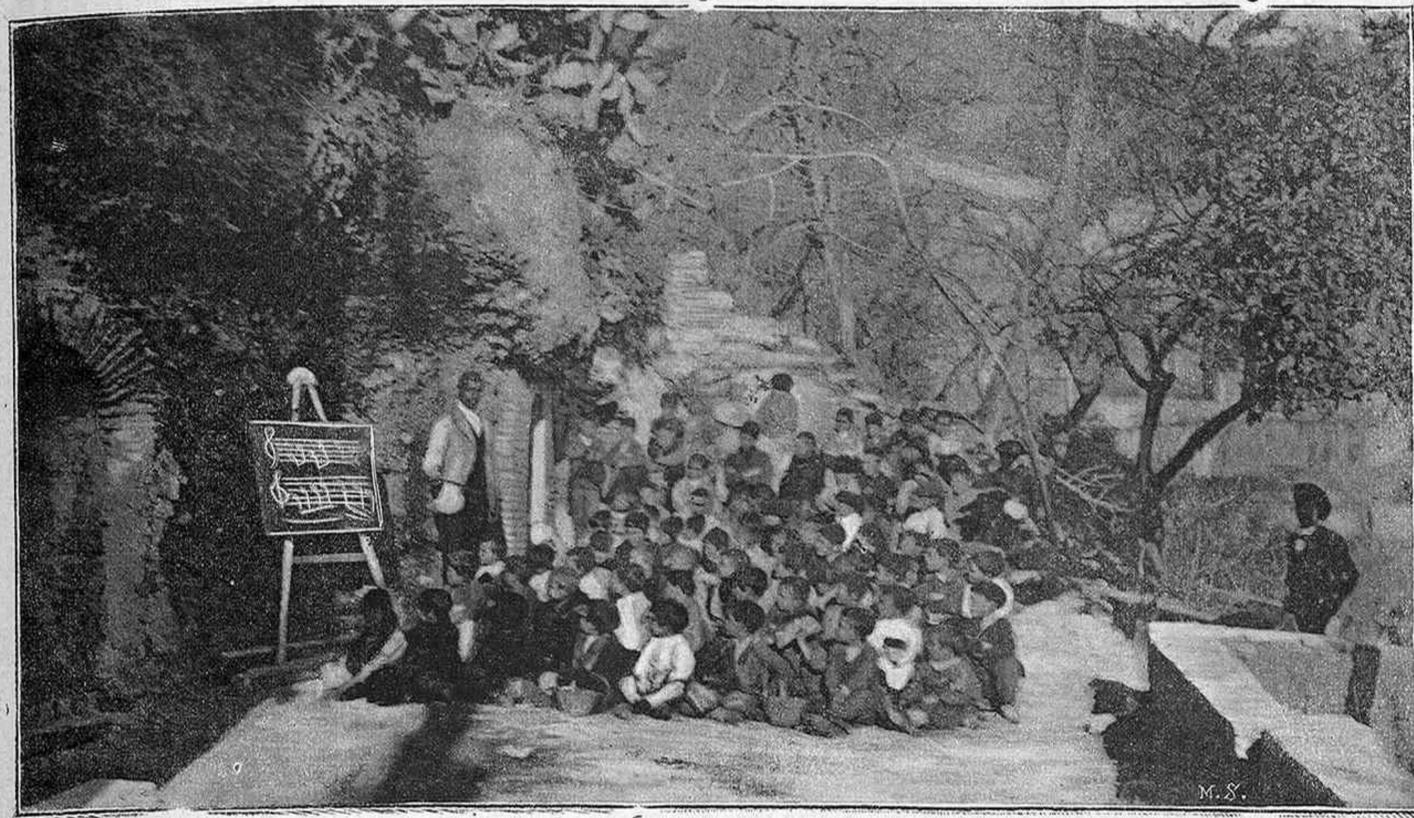
les y no se encuentra. Pues bien: casi todos los hijos é hijas de esos atrasados padres leen ya, muchos escriben y algunos lo hacen tan bien que pueden dar lecciones de ortografía á muchos bachilleres. Y la instrucción es lo de menos. Hermoso es que los portadores lean, que las cueveras estudien; pero aún es más de ponderar la educación del corazón, la mejora de los sentimientos y de las costumbres públicas y privadas. Se nota ya por los que de antiguo conocen esto, que los adustos saludan, que los fieros se van suavizando, los violentos moderando y hasta los más incultos y desarrapados vanse afinando y adecentando, como se advierte especialmente en las niñas que antes no sabían coser y ya hacen sus propios vestidos. Encanta sobre todo ver á padres ineducados ó

»A nada tenemos derecho, si no es á pedir, y á nadie pedimos sino lo que le sobre, pues hablando en cristiano, el sobrante de los ricos es el patrimonio de los pobres. Los que algo tienen reflexionen que con el dinero de los gastos superfluos harían felices á cientos de miserables. En nombre de estos desheredados de la fortuna pedimos á los ricos alguna migaja de pan (de lo que les sobre) porque tienen hambre; algún trapillo de vestir (de lo que les sobre) porque están desnudos; algún dinerillo (de lo que les sobre) para levantar una casa donde quepan todos, porque la necesitan.»

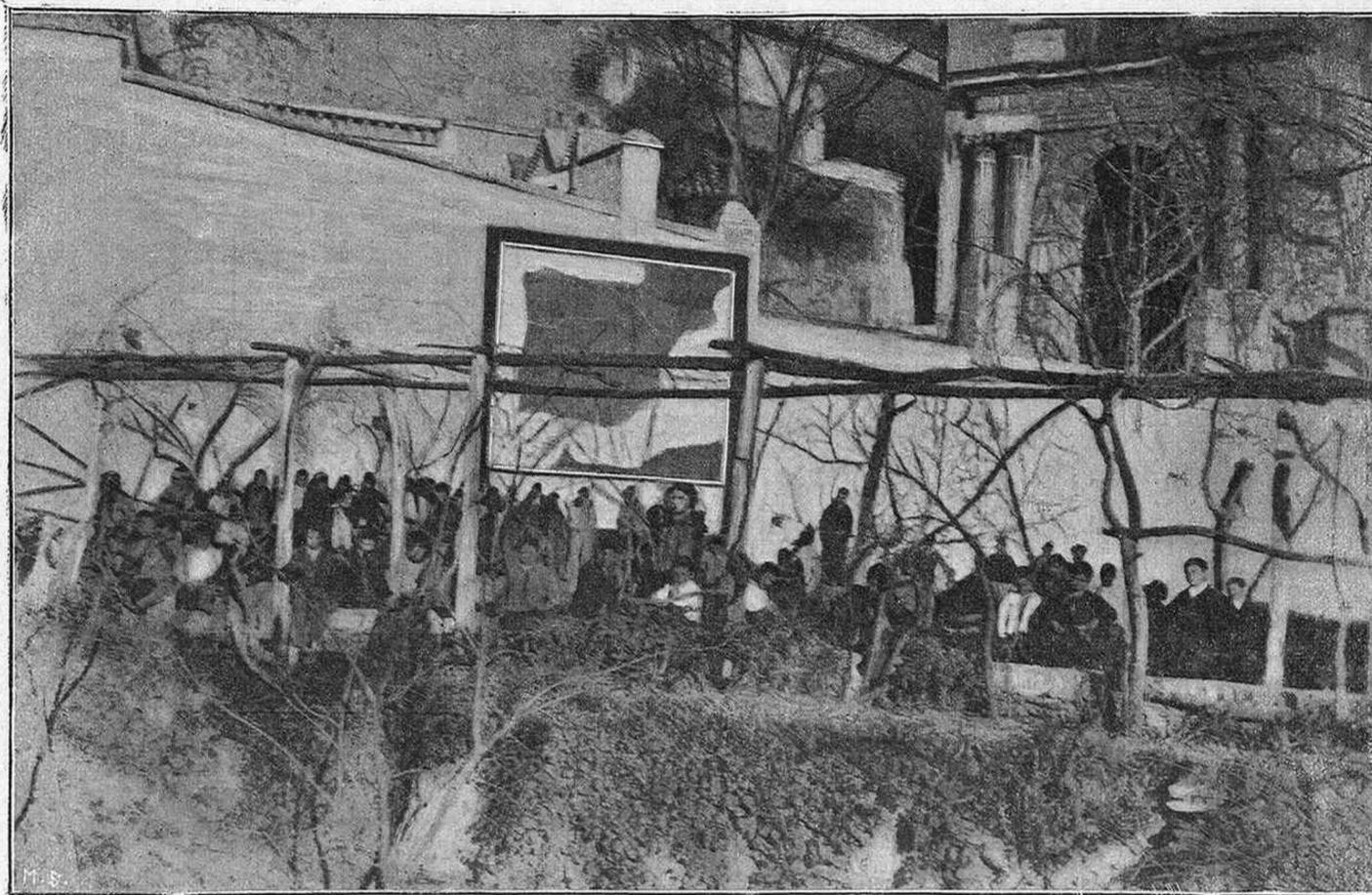
Á seguida señala el Sr. Manjón los modos de socorrer y contribuir al sostenimiento de estas escuelas, entre los cuales citaremos: las cuotas periódicas,

indiferentes afanarse porque sus hijos reciban educación cristiana, y á muchos adultos que sólo sabían blasfemar y maldecir adorando á Dios y confesándole sus culpas.»

cantidades alzadas por una sola vez, prendas de vestir, comestibles, encargo de trabajo á los talleres de la obra, imposiciones de lotes en la Caja de ahorros escolar, regalo de libros é instrumentos de un oficio,



ESCUELAS DEL AVE MARÍA EN EL CAMINO DEL SACRO MONTE DE GRANADA. — CLASE DE MÚSICA PARA PÁRVULOS (de fotografía remitida por D. F. Pons)



ESCUELAS DEL AVE MARÍA EN EL CAMINO DEL SACRO MONTE DE GRANADA. — CLASE DE GEOGRAFÍA (de fotografía remitida por D. F. Pons)

donación de materiales para las obras, de cuadros, aparatos, colecciones para el museo, adquisición de las Memorias (que también se dan gratis á los que las piden) etc., etc.

Y véase cómo ha respondido el público á este llamamiento: comenzó, en 1888, el pensamiento subvencionando el Sr. Manjón á una pobre mujer con cuatro pesetas cincuenta céntimos mensuales como alquiler de una cueva en donde recibían educación catorce niñas; hoy las Escuelas se componen de cinco preciosos cármenes llenos de árboles, de flores y de fuentes, en donde se educan 1.500 niños de ambos sexos. A propósito del número de alumnos escribía en 1896 el Sr. Manjón: «Personas de sana intención me dicen: «Ponga límites, fije número; mire que se le viene toda la pobretería de Granada, que se va á destruir la obra por exceso de niños y falta de recursos...»

«Mirando la cosa con el ojo de un mero economista, eso sería lo prudente; pero la Providencia suele emplear otras matemáticas. Hasta ahora todos los cálculos económicos han salido al revés. En siete años se ha gastado siete veces más de lo proyectado, ¿á qué, pues, devanarse los sesos con nuevos cálculos? Nuestro presupuesto es muy sencillo: llegar hasta donde se pueda y encomendar á Dios lo que para nosotros sea imposible. Por lo demás, tranquilícense los amigos y dejen que vengan los niños. Mientras acudan, señal de que se les atiende, y cuando falten medios, ellos se retirarán, porque cada cual sabe lo que le conviene. Dios que los trae sabrá con qué sostenerlos.»

De tal modo se realizan estas esperanzas, que le basta al Sr. Manjón formular en una de las memorias un deseo que responde á una necesidad de las Escuelas, para que al año siguiente pueda dar cuenta de que el deseo queda logrado y la necesidad satisfecha: así ha podido construir un templo escuela capaz para 1.000 niños dotado de todo lo necesario para el culto; así ha podido vestir y equipar un batallón escolar de 400 plazas y formar una banda de más de 20 instrumentos; así ha podido conseguir cinco dotes de 5.000 pesetas cada uno para los maestros; y así, decimos nosotros, conseguirá cuanto se proponga, porque una fe ilimitada y una voluntad enérgica como las del Sr. Manjón vencen todas las resistencias y hacen los verdaderos milagros.

Como notas finales consignaremos: que los déficit anuales de las Escuelas (el de 1898 fué de más de 15.000 pesetas), los cubre el Sr. Manjón con lo que gana como catedrático, canónigo y autor de libros, pues nada reserva para sí de lo que por tales conceptos percibe; y que, además de las del Sacro Monte, ha fundado otra Escuela en su pueblo natal de Sargentos (provincia de Burgos), al frente de la cual puso á una joven de diecisiete años, primera maestra formada en las de Granada.

Hemos de terminar, y bien á pesar nuestro, porque estudiando lo que son las Escuelas del Ave María se encariña uno de tal modo con su pensamiento, de tal modo se entusiasma con su organización y se asombra de sus resultados, que quisiera darlas á conocer al mundo entero en toda su integridad. Mas esto no nos es posible, y necesariamente hemos tenido que limitarnos á hablar á grandes rasgos de una institución digna de ser por todos protegida. Y hemos hablado de ella, primero porque conceptuamos como un deber coadyuvar, en la medida de nuestras fuerzas, á que sea más conocida aún de lo que es esta fundación admirable; y segundo, en la muy grata y lisonjera esperanza de que tal vez la publicación de las noticias que acerca de ella hemos dado en este número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA pueda reportar algún beneficio á la obra grande, sublime, de D. Andrés Manjón, á esa obra que, á no dudarlo, ha de atraer sobre España la admiración de los pueblos extranjeros y que, debidamente fomentada por quienes pueden y deberían fomentarla, ha de bastar por sí sola para realizar la regeneración de nuestra patria. — A.

MUJER Y MÁRTIR

A la entrada de la casa donde vivía el picador zumbaban como un enjambre de avispas las comadres y los chiquillos del barrio. La gente se asomaba á los balcones, y de todas las puertas de la calle dirigíanse á aquel portal hombres y mujeres, que al verlos caminar en hileras por el pendiente piso hacían recordar los surcos de un hormiguero.

Aquellas personas no esperaban á ver montar al picador en su escualido jaco, cual los días de corrida. Los curiosos hablaban de «un crimen:» oigamos.

Ella había nacido en un pueblo de Andalucía, jun-

Desde muy pequeño los toros habían sido su afición favorita, y niño todavía se escapó de la casa de sus padres para unirse á una caterva de jovencuelos que toreaba por las aldeas. Pasó mucha hambre y muchas privaciones, sufrió no pocos golpes de las reses y llegó á tener fama de «matón.» Así vino á parar á una cuadrilla de novilleros; pero como él ya le había tomado cierta prevención á los toros y montaba como corresponde al hijo de un chalan, se hizo picador, como si los caballos no tuvieran más misión que preservarle de cornadas.

Lolilla, sola en Madrid, pues que á tanto equivallia la guarda de los vecinos á quienes la habían encomendado, no tuvo, sin embargo, miedo á los peligros que pudieran amenazarla. Paco, el *Varilarguero*, hablaba seriamente, y en cuanto entrara en la cuadrilla del *Frasquito*, el matador más de moda en aquel tiempo, se casaría con la joven.

Lola fué con su novio á teatros y cafés, pero la muchacha era lista, poseía una energía moral á toda prueba, y lo mismo que el cisne camina por el lodo sin manchar la blancura de sus alas, así ella entró en la tasca para salir tan pura como antes. Es más, acompañando á Paco aprendió á conocer peligros que debía de esquivar, conoció una vida que ella jamás había sospechado, y vió á Madrid *por dentro*, bajo un aspecto nuevo, miserable y torpe.

A veces, su naturaleza de mujer honrada sublevábase dentro de su cuerpo escultural, una infantil indignación la hacía rechinar sus dientes de marfil dentro de aquella boca de coral purísimo, y se erguía en medio de aquella atmósfera viciada, no como una virgen inocente pudiera hacerlo en una bacanal, sino como una matrona que desprecia altiva las miserias que la rodean.

Pero ya era tarde para que ella pudiera reaccionar sobre su espíritu; Paco ejercía sobre su novia un influjo misterioso, magnético y casi jugaba con ella como juega la serpiente con la paloma que acecha. Lola había llegado á amarle; la niña, ya mujer, le quería, le adoraba...

Muertos los tíos de Lola, ésta se fué á vivir con el torero. Este podía ganar lo suficiente para sostener aquel hogar; su arrojo y valentía eran proverbiales, y era digno paladín de aquel puñado de valientes que constituía la famosa cuadrilla del *Frasquito*.

Pero ¡ay! Lola era muy desgraciada. La orgía, la vida licenciosa y depravada de aquel hombre, que la atormentaba sin piedad, con esos martirios del alma, mil veces más terribles que los del cuerpo, le habían hecho enfermar, y lo mismo que se habían perdido en el Monte sus alhajas empeñadas, se habían perdido en su cara el brillo de sus ojos y las rosas de sus mejillas.

Un día Paco, beodo, la maltrató, para que luego, disipados los vapores alcohólicos, llorara á su Lola sus amores. Pero el primer paso estaba dado, y los celos, celos furiosos que más que tales eran perturbación mental en aquel cerebro trastornado, buscaron válvula por donde escapar en insultos y golpes.

Lola era ya la flor mustia que sólo espera un último impulso, más fuerte y decisivo, del vendaval, para que roto su tallo para siempre, ruede marchitada á la tierra que ella misma regó tantas veces con gotas de rocío... Lola, mártir sacrificada á Baco, sólo esperaba ya el último golpe, y éste llegó, no tan pronto como ella lo anhelaba, pero sí á tiempo de evitarla sufrir más.

Aquella tarde, loco, frenético, llegó Paco á su casa, después de larga ausencia. La tempestad rugió amenazadora en aquel hogar santificado por un ángel, y aquel hombre, que había pasado muchos días en casa de otra mujer que nunca le entregó su corazón, insultó á la que era suya, sólo suya, á la que por él quedaba rezando cuando él marchaba á la corrida, la que cuando él volvía herido se echaba á llorar con más amargura que cuando él la maltrataba.

Las blasfemias sucedieron á las reconvenções, la acerada hoja de una navaja brilló siniestra en el aire,



EN LA PLAYA, dibujo de Pedrero

to á Córdoba la Sultana, y su naturaleza tenía mucho de aquella tierra donde el sol brilla con más intensidad, donde el cielo es más azul que en parte alguna y donde las flores esparcen con más aromas su fragancia.

Llamábase Dolores, pero en el pueblo todos la habían conocido por *Lolilla*, la más gentil de todas las muchachas y la más graciosa de las mozas del caserío.

Muy niña aún, lleváronse unos tíos suyos que vivían en la capital, y Lolilla, ya muertos sus padres, quedó definitivamente al amparo de sus parientes, quienes entre caricias y regaños tuviéronla en una categoría abigarrada mezcla de hija y de sirviente.

La muchacha, con toda la deslumbrante belleza de sus dieciocho años, no tardó en atraer hacia sí las miradas de los jóvenes. Una tarde uno de ellos la siguió con insistencia, y llegó á murmurar en los oídos de Lolilla palabras que jamás había ella escuchado.

El que tan enamorado se presentaba logró por fin hablar con la joven, y ésta, recelosa al principio, concluyó por creer en aquel hombre.

En tanto, el sostenimiento de la muchacha iba ya siendo carga pesada para sus parientes. Su tío necesitó marchar al pueblo con el fin de recoger una pequeña herencia de su mujer, y allá se fué, dejando confiada en Madrid la muchacha á unas vecinas.

El novio habló ya formalmente con Lolilla; era un muchacho de facciones finas, de ojos negros y grandes, de tez morena y afeitada, andar jacarandoso y acento marcadamente andaluz, pero con ese acento especial con que lo hablan los gitanos.

transcurrió un instante sólo apreciado por el pensamiento. «¡Hiere!» gritó una voz; y Lola, deshechas sus trenzas en cascada de ébano, cayó desplomada de rodillas...

Por eso á la puerta de la casa donde vivía el picador zumbaban como unenjambre de avispas las comadres y chiquillos del barrio y la gente se asomaba á los balcones. No esperaban, no, que saliera el picador para verle montar en su escuálido jaco como las tardes de corrida: comentaban á su modo el crimen del bravo *Varilarguero* que había matado á su mujer, mucho más valerosa que él, porque había vivido honrada y moría tranquila, enamorada de aquel hombre que salía temblando como un azogado, de aquel valiente con los toros y con las mujeres...

P. GÓMEZ CANDELA

NUESTROS GRABADOS

Una boda en la alta montaña catalana, cuadro de Antonio de Ferrer (Salón Robira). — El bonito lienzo que reproducimos, obra del laborioso profesor de la Escuela Provincial de Bellas Artes D. Antonio de Ferrer, hállase inspirado en uno de esos cuadros de costumbres de la alta montaña catalana. Representa la comitiva de una boda, que se traslada desde la apartada *masía* al villorrio en cuya modesta iglesia ha de unirse la garrida payesa con el apuesto mozo, siendo preciso atravesar la sierra confiando en la seguridad de sus cabalgaduras.

El cuadro está bien interpretado, observándose que el artista ha procurado dar á su obra marcadísimo carácter de localidad.

República Oriental del Uruguay.—Salto. Procesión cívica organizada por la colonia española con motivo del fallecimiento de D. Emilio Castelar.—La colonia española de Salto, deseosa de honrar

corpos sobre el cual se asentaba una columna dórica, imitación de mármol, coronada por el busto de Castelar, debido al escultor de Concordia D. Ciro Agrillo. En los ángulos del pedestal lucían dos soberbias coronas, una del partido Colorado del Salto y Artigas y otra del Ateneo del Salto. El frente de la carroza ostentaba el escudo español sostenido por dos ménsulas y á sus lados las famosas columnas de Hércules. Las estatuas de la Música y la Poesía, varios trofeos, las banderas de las repúblicas hispano-americanas, coronas, flores y cintas completaban la ornamentación de esta carroza, en cuyos lados se veían los títulos de las obras del gran tribuno y que formaba un conjunto magnífico y de excelente gusto. El busto de Castelar fué regalado por la comisión organizadora de la procesión cívica al Ateneo del Salto.

Felicitemos de todo corazón á los españoles de aquella ciudad uruguaya, que rindiendo culto á una de las más grandes glorias nacionales, han demostrado cuán vivo alienta en su pecho el recuerdo de su querida patria.

Tres generaciones, cuadro de L. Gros.—El autor de este cuadro se ha manifestado en él como poeta y pintor al mismo tiempo: esa niña de mirada inocente y aspecto simpático que gravemente camina entre su madre y su abuela, apoyándose en la robusta mano de la joven y en la mano débil de la anciana, y que es la esperanza de la una y la última y suprema alegría de la otra, constituye una de esas notas de sentimiento que penetran muy adentro

del alma, impresionándola dulcemente. Mas no es esta la única belleza de la obra que nos ocupa: el artista francés L. Gros ha trazado en ella tres figuras llenas de expresión, sobre todo las de las dos mujeres, en cuyos semblantes se descubre todo un tesoro de ternura, y un paisaje encantador en medio de su sencillez, en el que hay luz y aire y en el que se respiran las perfumadas brisas que el mar envía á los campos bretones.

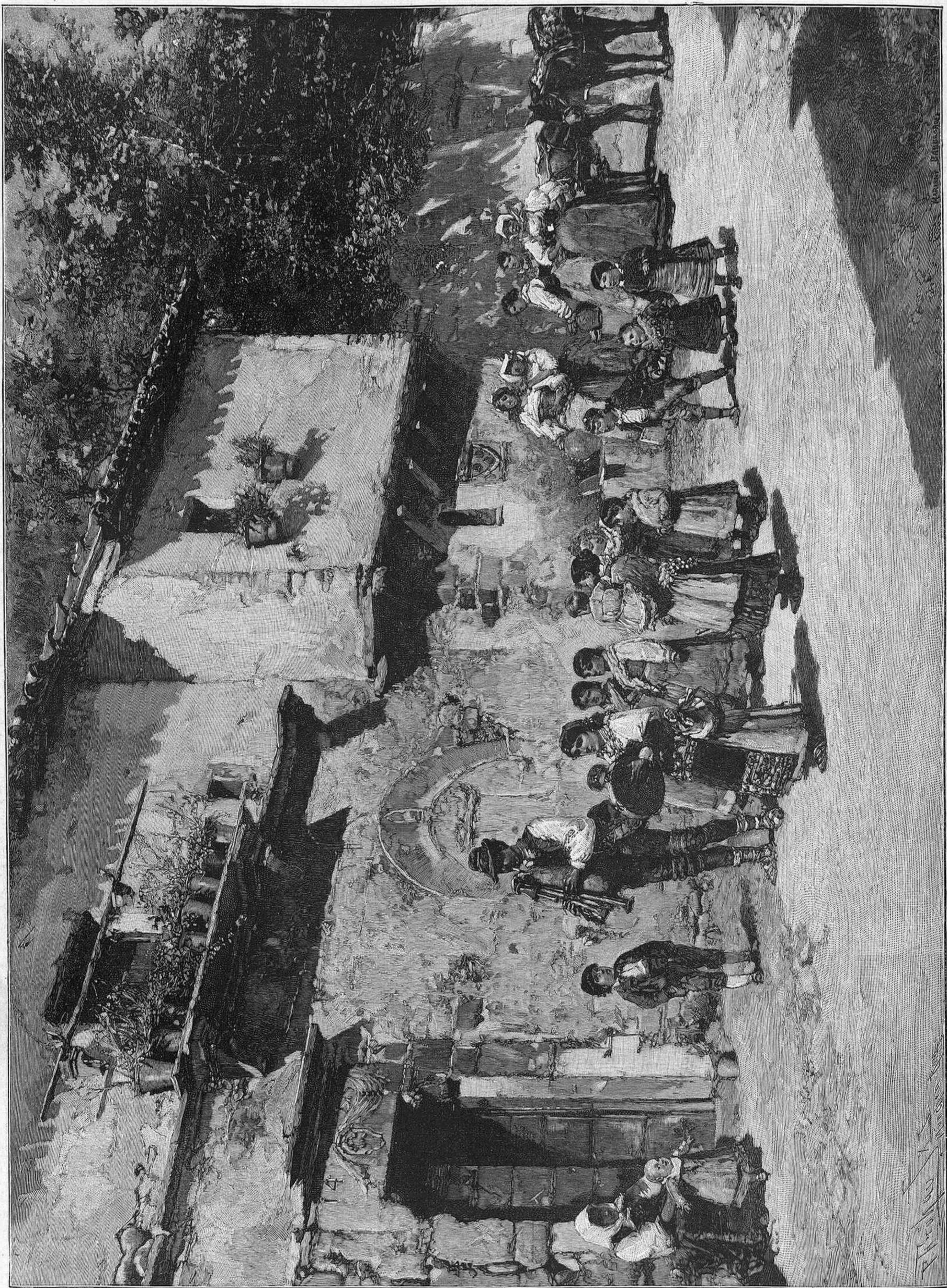


UNA BODA EN LA ALTA MONTAÑA CATALANA, cuadro de Antonio de Ferrer (Salón Robira)

la memoria del eminente repúblico D. Emilio Castelar, organizó una procesión cívica en la que figuró la carroza alegórica que se ve en el grabado inferior de esta página. Tenía ésta 5'60 metros de longitud por 3'10 de anchura, y la rodeaban en su parte inferior los escudos de las 49 provincias españolas. Sobre la plataforma alzábase una reproducción de la fachada principal del Palacio del Congreso de los Diputados de Madrid, y delante de la escalera dispúose un mausoleo de dos



REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY. — SALTO. — PROCESIÓN CÍVICA ORGANIZADA POR LA COLONIA ESPAÑOLA CON MOTIVO DEL FALLECIMIENTO DE D. EMILIO CASTELAR (de fotografía remitida por el Dr. G. Villegas, Vicecónsul de España en Salto)



MÚSICOS ITALIANOS TRASHUMANTES, cuadro de Mariano Barbasán



EL RÍO DEL OLVIDO, cuadro de Talbot Hughes

M. Labori.—El atentado cometido contra el ilustre abogado M. Labori es una nueva manifestación del estado en que Francia se encuentra á consecuencia del asunto Dreyfús. Los



M. LABORI, abogado defensor de Dreyfús

que quieren á todo trance que el infeliz ex desterrado de la isla del Diablo resulte culpable; los que se niegan á aceptar la evidencia; los que en aras de su fanatismo sacrifican los fueros de la verdad y de la justicia, no reparan en medios para el logro de sus ineficaces propósitos y no han vacilado en cometer el más vil de los crímenes tratando de asesinar al defensor del acusado, es decir, al representante de lo que hasta los pueblos más bárbaros respetan, la defensa de un presunto reo. Afortunadamente las heridas de M. Labori han resultado leves y el dignísimo y sabio letrado que hoy defiende á Dreyfús con el mismo entusiasmo con que antes defendiera á Zola, ha podido asistir, á los pocos días, á las sesiones del Consejo de guerra, habiendo sido saludada su reaparición con aplausos y aclamaciones. Por esta vez, á los antidreyfusistas les ha salido el tiro por la culata, pues lo que han conseguido con su inicuo atentado es ganar adeptos á la causa del capitán de artillería, porque todo el que no está cegado por la pasión ó por la mala voluntad comprende que no debe de ser muy buena una causa cuando sus partidarios apelan á medios tan reprobables y tan repugnantes.

En la playa, dibujo de Pedrero.—Uno de los placeres más sanos y agradables durante el verano son indudablemente los baños de mar. Tuvieron éstos, en un principio, un carácter puramente higiénico; pero la moda, que en todo ha de meterse, no ha querido consentir en que el mar escapara á su tiranía, y así vemos hoy que lo de menos son los baños y lo principal para la gente *comme il faut* es acudir, no á una playa cualquiera, sino á las que aquella veleidosa deidad ha señalado como dignas de sus favores. Con lo cual, dicho se está que la higiene no gana gran cosa, pues los beneficios que puede lograr el cuerpo con la inmersión en las saladas ondas quedan casi siempre destruídos por la agitada vida que en tales playas se hace, tan perniciosa para el cuerpo como para el alma. De todos modos, los espectáculos que aquellos sitios ofrecen son en extremo pintorescos, y esto por lo menos es una ventaja para el artista, que encuentra allí asuntos abundantes para sus obras. En ellos se ha inspirado nuestro distinguido colaborador Sr. Pedrero para el lindo dibujo que en la página 558 reproducimos, y que da perfecta idea de la animación que reina en esas estaciones de baños frecuentadas por las personas que á la moda rinden culto.



PARÍS. — La calle de Chabrol, en donde está situado el edificio del «Gran Occidente de Francia», en el cual se encuentra sitiado Julio Guerin

Músicos italianos trashumantes, cuadro de Mariano Barbassán.—El autor de este cuadro es de antiguo conocido de nuestros lectores, y por lo tanto excusamos reproducir lo que acerca de él tantas veces hemos dicho en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. La obra suya que hoy publicamos es una prueba más de cuán bien ha sabido identificarse el celebrado pintor español con los tipos, paisajes, costumbres y escenas de Italia: hay en este lienzo toda la luz deslumbradora de aquellas tierras meridionales, toda la poesía de aquellos lugares, y admírase además en ella la verdad con que el artista ha sabido trasladar al lienzo aquel grupo de músicos trashumantes que implorando caridad recorren aldeas y ciudades, y aquellas figuras de campesinas que suspenden sus faenas para escuchar los cantos populares que tan gratos suenan siempre en sus oídos.

Julio Guerin.—Lo que está sucediendo actualmente en París con Julio Guerin, el redactor en jefe del *Antisemite*, es verdaderamente cómico: encerrado con unos cuarenta hombres de su confianza en la casa de la calle de Chabrol, en donde están instalados el llamado «Gran Occidente de Francia» y la redacción é imprenta del citado periódico, se niega á entregarse á la policía, que tiene orden de prenderle como presunto conspirador. El gobierno, en vista de ello, ha puesto sitio en regla al edificio, impidiendo toda comunicación con el exterior, y los sitiados, por su parte, armados hasta los dientes, amenazan con hacer fuego contra quien pretenda acercárseles con intenciones hostiles. Y el pueblo de París, ante la novedad del espectáculo, acude á todas horas á las calles de Chabrol y adyacentes, y se divierte de lo lindo con las aparatosas apariciones del jefe de los bloqueados, que de cuando en cuando se asoma á una ventana ó se deja ver en el tejado, pronunciando



JULIO GUERIN, redactor jefe del *Antisemite* y delegado general del «Gran Occidente de Francia»

discursos que la multitud corea y saluda con gritos, aplausos, carcajadas y silbidos, según las opiniones de cada cual. Es probable que cuando el presente número llegue á manos de nuestros suscriptores, haya cesado tan extraño espectáculo, pues la

situación de Guerin y de los suyos es insostenible y al fin tendrán éstos que rendirse, primero por falta de medios de resistencia y segundo porque habrán de comprender que el reclamo tiene sus límites y que el ridículo es lo que menos se perdona en este mundo.

Jacobo Maris.—El día 7 de este mes falleció en Carlsbad, á la edad de 62 años, el célebre pintor holandés Jacobo Maris. Sus obras, generalmente inspiradas en los paisajes y costumbres holandesas, gozan de gran estimación en los mercados artísticos de Europa y de América, figurando en importantes galerías particulares de los Estados Unidos muchas de



El celebrado pintor holandés JACOBO MARIS, recientemente fallecido

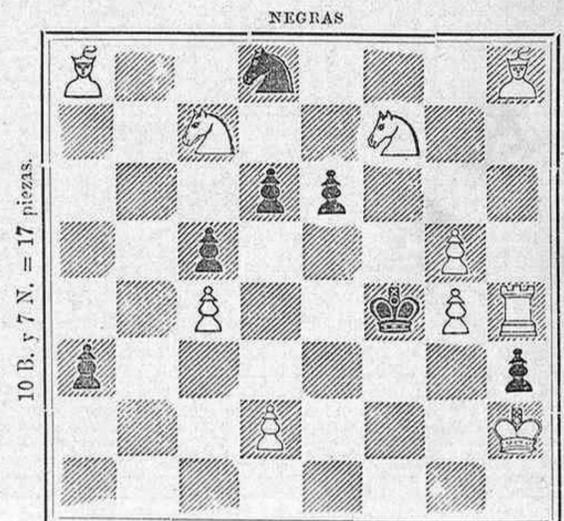
sus mejores composiciones. Aparte de sus aptitudes técnicas aprécianse en sus obras valiosas cualidades que no se aprenden en las academias y que caracterizan al artista de verdadero genio. Su nombre figurará en el libro de oro del arte holandés, y sus lienzos, que como preciadas joyas se conservan en los museos de Rotterdam, Dordrecht, Amsterdam y El Haya, serán admirados por las generaciones venideras como lo han sido por sus contemporáneos.

El río del Olvido, cuadro de Talbot Hughes.—La antigua mitología ha sido siempre manantial abundante adonde han acudido en busca de inspiración poetas y artistas. Las hazañas de los héroes y de los dioses, las fábulas enlazadas con determinados lugares, son otros tantos elementos de fantasía que como pocos se prestan para las producciones imaginativas, artísticas ó literarias. El notable pintor inglés Talbot Hughes, tomando por asunto de su cuadro la leyenda del río del Olvido y modernizándola, ha producido una obra que con razón ha sido muy celebrada en la Real Academia de Londres por la grandiosidad con que está concebida y la sobriedad con que está pintada.

El Dolor consolado por el Recuerdo, relieve de Leonardo Bistolfi.—Un suceso trágico de la vida de este artista, la muerte de su esposa, convirtióle de pintor en escultor, y el sentimiento que la pérdida del ser adorado le produjo hizole concebir el pensamiento del grandioso *Monumento á los muertos* que por encargo del Estado francés está ejecutando actualmente con destino al cementerio parisiense del padre Lachaise, y del cual forma parte el precioso relieve que reproducimos. La figura que en el centro del mismo se destaca aparece agobiada por el dolor, pero suenan ya en sus oídos las dulces voces de los recuerdos de horas felices que le prometen renovar sus venturas en la otra vida. Esta idea de la eterna felicidad después de la muerte es la que prevalece en todas las obras del joven escultor francés, quien inspirado en ella y ayudado por su gran talento, logra infundir un soplo animado en la inanimada materia que sus manos modelan.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 166, POR JOSÉ PALUZIE



Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 165, POR J. TOLOSA

- Blancas. 1. C7CR
- Negras. 1. Cualquiera.
- 2. A. C ó D mate.

CORAZÓN DE SACERDOTE

NOVELA ORIGINAL DE H. S. DE FORGE. — ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

»Comprenda usted la fuerza de mi resolución. Hace tres días que Charlier, para demostrarme su confianza en mi fidelidad presente y futura, con esa delicadeza de sentimientos que mi querido Pablo ha

yo nos opondremos, y esto solo bastará para que usted comprenda la gran mudanza realizada por ese niño en el ánimo de su padre.

»Vamos á marchar á París, donde estaré ya cuan-

»Guardo en mí como en el fondo de un relicario el recuerdo de las santas, puras y dulces horas pasadas, y en el silencio de este santuario íntimo iré en piadosa peregrinación, ignorada de todos menos de usted, á hacer revivir con el pensamiento todos estos recuerdos, todos nuestros recuerdos.

»¡Compadézcame usted! Meto en este pliego de papel tres pobres flores cogidas en este jardín que tanto le gustaba, allá junto á los tilos donde tantas veces íbamos los tres á sentarnos... ¡Adiós! No tengo el derecho de ceder al enternecimiento que me invade. Si estas flores le revelan á usted toda mi alma, le dirán que no he amado de veras más que una vez en mi vida.

»MARTA.»

SEGUNDA PARTE

EL HOMBRE

I

En las verdes cañadas del parque de Issy, los seminaristas, que habían salido á pasear á aquella sucursal de San Sulpicio, se solazaban con la alegría propia de su juventud, pero moderada por la gravedad de su carrera naciente.

Algunos se entretenían con juegos conservados del colegio, del que hacía poco tiempo habían salido. Otros jugaban con animación á las bochas, reteniendo con una mano los pliegues flotantes de su pesada sotana de paño. Algunos pensadores paseaban solitarios con un libro en la mano. Por la gran calle de tilos llamada la «Cuarentena» varios grupos iban y venían, cruzándose en el movimiento regular del paseo, animado por conversaciones más ó menos serias.

Pablo Charlier formaba parte de uno de estos grupos. Allí, en la expansión del compañerismo íntimo, cada cual exponía su vocación especial para el día en que, terminados ya los largos y austeros estudios del seminario y recibidas las órdenes, entrara definitivamente en la vida del sacerdocio. Éste, meridional, de palabra ardiente y voz vibrante, se veía ya llenando las grandes naves del templo con las sonoridades de su elocuencia y levantando las masas al soplo de su verbosidad inspirada. Aquél, enérgico y emprendedor, contaba las lejanas aventuras de los misioneros que le aguardaban entre sus filas. Esotro, más pacífico, ocupaba el puesto de sus maestros, y de alumno se convertía en profesor, en teólogo autorizado cuyas opiniones tendrían fuerza de ley. Un rubio de mirada viva y penetrante dejaba vislumbrar sus ambiciones de hijo de familia y sonreía placidamente cuando sus compañeros le daban el título de «Monseñor» como llamaban á su tío. Aparte de esto, todos unían á la expresión de sus deseos secretos la piadosa reserva de una sumisión religiosa.

—¿Y tú, Pablo?, dijo uno de los seminaristas. Dínos cuáles son tus aspiraciones.

—¿Mis aspiraciones? Vais á saberlas. ¿Veis allá á lo lejos, en medio de la campiña, una casita blanca con persianas verdes... pureza y esperanza? Alrededor tiene un jardinillo lleno de flores, cada una de las cuales es una amiga, cuidada y querida, y destinada á perfumar el altar; allí cerca, la modesta iglesia de la aldea, tan tranquila que uno se creería en ella fuera del mundo; en la casa, buenos libros religiosos y algunos antiguos amigos de colegio, prosistas y poetas, para halagar las distracciones del espíritu; por dondequiera la paz y el recogimiento; cerca, muy cerca de Dios y del humilde rebaño confiado á la custodia del pastor. Tal es el objeto de mis más anheladas aspiraciones.

Y mientras sus discípulos volvían á emprender alegres su partida de bolos ó reanudaban sus conversaciones, Pablo se quedó solo largo rato, sentado tranquilamente en un banco de piedra, contemplando el horizonte.

En lontananza se columbraba á París rodeado de una especie de bruma, París que jamás le había gustado.

En torno suyo, las calles sucias y tristes de Issy tenían cierto aire de provincia y le recordaban á Ganneville, recuerdos más dolorosos todavía. En vano buscaba en la línea azul de las colinas, allá á lo



El suizo sopló en un tubo acústico ..

sabido inspirarle, me ha ofrecido que le invitaría á usted á visitarnos allá donde vamos... He tenido el doloroso valor de negarme á ello. ¡Ah! Si he cometido faltas, Dios será indulgente conmigo teniendo en cuenta lo que he sufrido en ese momento. Pero el dolor mismo que he sentido me demostraba que debía obrar así.

»Lo debo á mi honor mejor comprendido; lo debo á mi marido, vuelto al bien; lo debo á nuestro mismo cariño, cuyo recuerdo podremos conservar de este modo grato y puro, aun cuando cesara de ser lo que es desde el momento en que reconozco que mi ternura era culpable; lo debo en fin y sobre todo á mi querido Pablo, ante el cual no podría ya presentarme sin sonrojo, si consintiera en volver á ver usted, aun como antes.

»Él, ese apóstol naciente, es quien con su benéfica influencia — así me lo dijo usted un día — le ha hecho á usted pasar de una juventud algo agitada á la cordura, á la razón, á los afectos nobles y elevados; él es quien, realizando una tarea mucho más difícil, ha transformado á su padre y está á punto de convertir esa naturaleza seca y violenta en un alma accesible á la bondad y á la dulzura; él es también el que ha ejercido en mí misma y sin saberlo su angelical acción para hacerme comprender mi deber en toda su extensión.

»¡Un apóstol! Tal será en breve el título verdadero de mi Pablo. ¿Se acuerda usted del día en que tuvo un arranque casi elocuente con motivo de los diversos modos de comprender y practicar la religión? Usted le dijo entonces riendo que sería un buen predicador, y él contestó gravemente: «¿Quién sabe?» Tenía ya su idea fija y tomada su resolución. Así nos lo ha declarado el otro día á su padre y á mí. Quiere ser cura y lo será; porque ni Charlier ni

do esta carta llegue á manos de usted. No tengo inconveniente en decírselo; porque estoy segura de usted, y le habría juzgado mal si después de una carta como ésta procurara usted verme. Permanezcamos dignos el uno del otro. Tal vez llegue el día, cuando los años nos hayan encanecido, cuando podamos estrecharnos sinceramente la mano como amigos, en que nos sea permitido hablarnos, y si Dios con su infinita bondad y eterna misericordia consiente en que llegue este día, le bendeciré.

»Usted es joven, Saviniano; se halla usted apenas en los momentos en que la vida de un hombre adquiere su completo desarrollo. Los años han tenido doble duración para mí y empiezo ya á bajar la pendiente de la colina. Conserve usted mi recuerdo en el fondo de su corazón como el de una hermana mayor, y que jamás sea un obstáculo ó una perturbación en su existencia, que hago votos porque sea muy dichosa.

»Siento al llegar á este punto cierto embarazo, y ¿por qué no confesarlo?, una emoción, punible también, al decir á usted cuál es mi deseo: que encuentre una mujer digna de usted y á quien ame con todo su corazón. El mayor disgusto de mi vida, tan cruelmente puesta á prueba, sería que, por haberme encontrado en su camino, dejara usted frustrado un porvenir de legítimo honor. La primera, la única carta que deseo recibir de usted, será aquella en que me participe su casamiento.

»Y ahora, adiós, amigo mío. Perdóneme usted todo el daño que le hago. Seguramente maldecirá usted estos deberes á los que sacrifico mi felicidad y tal vez se enoje conmigo. Yo también los he maldecido á veces en las horas de debilidad. Pero pienso en ese niño para el que debo vivir, por quien debo olvidarlo todo á los ojos de las gentes.

lejos, el rincón donde le hubiera gustado tener su casita de cura de aldea.

Y por momentos llegaba á él desde la gran ciudad un inmenso desaliento, desgarrando su corazón y disipando su sueño.

Y en efecto, no era más que un sueño.

Cuando los padres de Pablo se marcharon de Ganneville siguiendo el programa trazado por él mismo, se instalaron en una de esas tranquilas calles del barrio de San Sulpicio, ignoradas del brillante París de la orilla derecha del Sena. Allí habían vivido con la fiel Francisca, muy modestamente, pero con un sosiego grato después de las tempestades pasadas. Charlier, que estaba desconocido y se había hecho un verdadero padre de familia, había encontrado un empleo en una casa de comercio. Su sueldo, unido á los demás recursos del matrimonio, le permitía cierto desahogo cuya principal ventaja fué asegurar á Pablo una educación amplia y completa. Pero los años de colegio y de seminario eran pesados, y si bien podían sufragar los gastos que ocasionaban, en cambio no era posible ahorrar nada para atender á alguna otra necesidad, ni prepararse por si volvían los malos tiempos.

Y éstos volvieron en el momento preciso en que, en 1885, Pablo iba á recibir las órdenes sagradas. Una parte del pequeño capital de sus padres desapareció en la quiebra de un establecimiento de crédito.

Aquel golpe inesperado anonadó á Charlier. Su naturaleza gastada no era ya á propósito para la lucha y la resistencia. Tuvo un ataque de parálisis y quedó clavado en un sillón de ruedas, acompañado de las dos mujeres que se afanaban por cuidarle y por sostener la vida común.

El superior del seminario tuvo noticia de estas desdichas, y como quería mucho á Pablo por haber podido apreciar sus excelentes cualidades de formalidad y dulzura y conocido su sólida religiosidad, le propuso un empleo, bastante bien retribuido, de preceptor en casa de M. Jouvenot, uno de los principales notarios de París, en la que tendría que encargarse de la educación de un niño de nueve años.

Como no era cosa de vacilar, Pablo aceptó. Su vida de sacerdote comenzaba por el abandono de su esperanza más íntima largo tiempo acariciada. ¡Adiós, querida casita blanca! ¡Adiós, flores, iglesia de aldea, poesía y paz de los campos! Si la decepción fué cruel, nadie más que Dios supo cuán grande era el sacrificio del joven sacerdote, que anunció á sus padres la buena noticia con la sonrisa en los labios.

¡Preceptor! Este cargo equivale á la dependencia, á la abdicación de sí mismo, á la renuncia de todos los gustos personales, á la obligación de plegarse á los de los otros, á la necesidad de obedecer á los padres y á menudo al hijo, á la situación subalterna que á veces resulta humillante por falta de delicadeza, á una especie de domesticidad quizás un poco más elevada que las otras, pero más pesada también para las naturalezas más sensibles que la deben soportar.

Pero también es una tarea grande y noble para quien sabe emprenderla con miras elevadas. Formar un espíritu y un corazón, infundir en un niño no tan sólo la instrucción que encontraría en cualquier parte sino también la educación moral que hará de él un hombre; ser en el seno de una familia algo así como un apóstol íntimo; ejercer en ella, en caso necesario, una influencia discreta y saludable; tal es la misión elevada del preceptor tal como la concibió Pablo, llenándole de generosos ardores y consolándole de la pérdida de su ensueño desaparecido.

Presentóse al día siguiente en casa de M. Jouvenot, inflamado de un celo de neófito por su obra, impaciente por comenzarla, imaginando planes de estudios ordenados y continuos, confiado en encontrar en los padres el apoyo serio de una autoridad que secundase sus esfuerzos, toda vez que habían ido á buscar un preceptor á San Sulpicio.

Titubeó un momento antes de entrar en el hotel del bulevar de San Germán que se le había indicado, pues aquella lujosa morada no se avenía con la idea que se formaba de la casa de un notario. Penetró poco menos que disculpándose en un saloncito en el que un suizo, majestuoso y cortés — jamás se hubiera atrevido á llamarle portero ni aun en voz baja — le dijo, como maravillado de su ignorancia que, en efecto, allí vivía M. Jouvenot.

— ¿Desea usted hablarle á él en persona, señor cura?, preguntó el importante personaje.

— Sí, á él mismo.

— Entonces, con su permiso, voy á cerciorarme de si el señor está en sus habitaciones ó en el estudio.

El suizo sopló en un tubo acústico, habló, oyó la respuesta, é inclinándose ligeramente ante Pablo, le dijo:

— El señor está en su gabinete... Tenga usted la bondad de tomar por el vestíbulo á la derecha: el estudio está en el fondo.

Y acompañó á Pablo con el agrado y reverencia de un marqués de los tiempos antiguos.

Pablo entró en un vestíbulo pavimentado de anchas baldosas blancas y negras, cruzado por una blanda alfombra y adornado con labrados bancos de roble y enormes macetas con plantas verdes. En el extremo de esta antecámara destacábase sobre una puerta la palabra *Estudio* en una placa de brillante cobre.

El joven cura penetró un poco turbado en una habitación que correspondía por fin á la idea de una oficina ministerial. Cuatro ó cinco jóvenes embotaban allí papel sellado. Enviaron á Pablo al segundo dependiente, instalado en un pequeño gabinete, y éste lo envió al primero, instalado en uno grande. El primer dependiente, muy cortés, se inclinó, é informado de que se trataba de un asunto particular, rogó al sacerdote que llamara á la puerta de enfrente, que era la de M. Adalberto Deruel, secretario íntimo y primo de M. Jouvenot.

— ¡Pues no gastan pocas ceremonias!, pensó Pablo. Cuando fué el otro día á casa del cardenal-arzobispo no fué menester tanto para verle. Dudo que esta casa sea la morada de la sencillez.

— ¡Adelante!, gritó con voz fuerte el secretario al oír el golpe tímido dado por Pablo.

El secretario íntimo era un joven casi de la misma edad que él. Sentado ante una mesa de despacho, cuyo extremado orden denotaba más afición á la simetría que al trabajo, leía un periódico fumando un cigarrillo.

— ¿El Sr. Jouvenot?, preguntó Pablo.

El joven apenas se levantó y dirigió una mirada desdeñosa á la sotana.

— ¿Qué se le ofrece á usted?

— Deseo hablarle.

— ¿Personalmente?

— Sí, señor.

— Mi primo está muy ocupado. Si quiere usted decirme á qué viene, tal vez no tendrá usted necesidad de esperar.

— Esperaré, dijo tranquilamente Pablo.

— Entonces, siéntese usted, respondió el joven algo picado y volviendo á su lectura y á fumar su cigarrillo.

El cura dedicó el tiempo á considerar al secretario, que le pareció hombre muy poco simpático. Cara vulgar, ancha y aplanada, con un bigote cuyas guías estaban sostenidas con cosmético; cabello reluciente de pomada, pegado sobre la frente con artística ondulación; perpetua sonrisa de propia satisfacción y de desdén para los demás; fisonomía exacta de una figura de periódico de modas para sastre, pero con menos elegancia á causa de una gordura precoz próxima á la obesidad.

Este primer ejemplar de la familia con la que debía vivir Pablo no hizo mucha gracia á éste, que estaba haciendo reflexiones poco halagüeñas, cuando sonó ruidosamente un timbre eléctrico.

— Puede usted entrar, dijo el secretario sin moverse, indicando con la mano una ancha puerta de dos hojas.

II

M. Jouvenot, tan amable como antipático parecía su secretario, se levantó al punto, y acercándose á Pablo le dijo:

— ¿Es usted el P. Charlier?

— Sí, señor.

— Sea usted muy bien venido, señor cura.

Y alargándole la mano, el notario le llevó junto á la mesa y le hizo tomar asiento en un sillón. Tranquilizado por esta acogida simpática y de buen tono, Pablo recobró todo su ardor por un momento entibiado, y olvidando portero, dependientes y secretario, se puso á exponer en lenguaje conveniente y expresivo sus altas miras sobre la educación, la abnegación cariñosa que sentía ya por aquel niño que iban á confiarle, y su esperanza de hacer de él un hombre con la ayuda de Dios.

Dijo todo esto con creciente animación, con la sinceridad de un espíritu recto y de un corazón sencillo que no sospechan que en el mundo la franqueza y el entusiasmo adquieren á menudo el nombre de candidez.

M. Jouvenot había escuchado este discurso con benévola atención, acariciando con una mano blanca y cuidada su hermosa barba rubia salpicada de alguna que otra cana.

— Señor cura, contestó, es usted bastante joven, cualidad muy buena, la más preciosa de cuantas me consta que posee usted. Le felicito y le envidio. Le

he escuchado con mucho gusto. Siempre complace ver que hay fe, aun á los que han ido dejando la suya en jirones en las zarzas del camino. Por lo que respecta á mi hijo, no le oculto que su tarea será laboriosa. Es una criatura que, aunque tiene nueve años, no sabe casi nada de lo que debería saber y en cambio está enterada de muchas cosas que debería ignorar. Así lo exige la vida de París, en donde los niños no tienen infancia... Si consigue usted hacer de él algo bueno, se lo agradeceré á usted y le admiraré... Si no lo logra, no por eso me enojaré... Por lo demás, le doy á usted carta blanca: haga lo que mejor le parezca. No le pondré cortapisa en nada, pero tampoco espere usted gran ayuda de mi parte. Estoy demasiado ocupado para poder dedicar una parte de mi tiempo á una obra que confío á usted por completo. En adelante forma usted parte de la familia y mi casa es la suya, y para empezar espero que nos acompañe usted á la mesa esta noche.

El notario había hablado con animación y benevolencia; pero Pablo no vió en todas sus frases más que la escéptica soltura del hombre de negocios absorbida por cavilaciones que nada tenían que ver con sus deberes paternales, y esto le causó una tristeza tanto más profunda cuanto mayor era la simpatía que le inspiraba la persona de M. Jouvenot.

El notario trató en seguida con una precisión, necesaria, sin duda, pero mortificante para un carácter tan delicado como el del joven sacerdote, del arreglo de las cuestiones materiales; y lo hizo con una liberalidad que motivó las protestas del futuro preceptor. Cuando éste se levantó, el notario le puso en la mano un cheque preparado de antemano, equivalente al primer trimestre de su sueldo. Aquella mano tembló un poco al recibir esta paga adelantada. El proceder del hombre de negocios denotaba no tanto su confiada generosidad cuanto la costumbre de manejar dinero, considerándolo como lo que debía anteponerse á todo, y esto hizo que Pablo sintiera una penosa impresión.

— En fin, pensó al despedirse, aún me queda la madre.

En aquella gran casa, cuya planta baja estaba ocupada por el estudio, todos los pisos contenían habitaciones de servicio. Pero en el fondo del patio enarenado se alzaba un vasto pabellón, morada particular de la familia Jouvenot. Una galería llena de plantas cobijaba la escalera de mármol que daba acceso á él, y ya á la entrada llamaban la atención los objetos del lujo más refinado, acumulados quizás con más profusión que buen gusto.

Desde el primer salón en que se introdujo á Pablo, pasó éste á otro, y luego oyó en el retrete inmediato una voz aguda que, al anuncio del ayuda de cámara, exclamaba:

— ¡Oh! ¡El señor cura!.. ¡Que entre en seguida!

Pablo se encontró en presencia de una señora de treinta y ocho á cuarenta años, si no bonita, al menos bastante agraciada, vestida con un traje de casa de refinada sencillez. Esta señora le alargó la mano con ademán de buen tono.

— Le esperaba á usted, señor cura, le dijo: tenía vivísimos deseos de verle, y sin embargo su presencia me parte el corazón. No puedo resistir la idea de tener que separarme de mi Heraldo.

— Pero, señora, contestó Pablo sorprendido, ese niño no tendrá que separarse de usted...

— Materialmente, es verdad... Continuaremos juntos, pero se lo entrego á usted, se lo abandono... ¡oh! ¡con toda confianza! El señor superior del seminario me ha informado de lo mucho que vale usted... Desde luego yo quería para mi Heraldo un preceptor eclesiástico... No sé qué hubiera sido de mí si hubiese tenido que meter á mi hijo en el colegio ó tomar un preceptor seglar... En nuestra sociedad, en nuestra situación se impone un eclesiástico... Por fortuna mi marido me ha dejado en libertad de arreglar este asunto, y no porque sea irreligioso, no vaya usted á creerlo, sino porque como todos esos señores está ocupado, atareadísimo..., no le queda tiempo más que para pensar en sus negocios. Pero el superior me ha dicho: «El P. Charlier es un tesoro que le regalo á usted, señora...» Sí, ha dicho esto poco más ó menos... Hasta hoy, mi Heraldo no se ha separado de mi lado..., le llevaba conmigo á todas partes, al Bosque, á la iglesia, á las tiendas. Yo adoro, idolatro á ese niño... ¿Quiere usted un caramelo? ¿No? Pues hace usted mal..., es una novedad de Boissier..., son divinos.

Mientras chupaba el caramelo divino de Boissier, tomaba aliento, sin que Pablo, aturdido por aquel flujo de palabras, supiera qué contestarle.

— Señor cura, mi Heraldo es un ángel de candor..., de inocencia..., de pureza... y además, ¡tan inteligente! No puede usted figurarse lo bien que monta ya á caballo. Le suplico encarecidamente que cuide usted

mucho de sus sentimientos religiosos... ¡Todo consiste en esto!.. Almorzamos á eso de las once y media, según los negocios de mi marido, y comemos á las ocho, excepto los miércoles, día en que voy al teatro de la Ópera, y entonces anticipamos algo la comida... Tengo verdadera pasión por la música..., por nada en el mundo dejaría de ir á la ópera, por supuesto en invierno, porque desde el mes de mayo ya no se puede ir á ese teatro..., pues el público es muy diferente... Por lo que hace á Heraldo, el día en que demos grandes comidas, á él y á usted se les servirá en su habitación, si así lo desean..., aunque me gusta que venga al salón..., esto le va formando y además luce mucho... A veces tiene ocurrencias increíbles... Cuando mi hija Lucila era pequeña comía también en su cuarto con Mlle. Larivière, una persona muy cabal, como tendrá usted ocasión de ver... Sobre todo, lo que más le recomiendo á usted para mi Heraldo es la sencillez..., nada de exageración..., ¡oh! ¡me horroriza la exageración!

— ¡Ay de mí!, pensaba Pablo, ¡qué tarea va á pesar sobre mí! ¡Cómo será el hijo de semejante matrimonio!

— Diga usted á Bebé que venga, ordenó Mad. Jovenot á un criado. Todavía le llamo Bebé: es ridículo sin duda á mi edad y á la suya, pero ¿qué quiere usted? El corazón de una madre es un abismo de ternura. Ven acá, amor mío, añadió al ver entrar á su hijo: aquí tienes al señor cura que va á ser tu preceptor...

Pablo contemplaba á Heraldo, procurando adivinarle. Era un niño de facciones regulares y agradables, correctamente vestido, quizás demasiado, con un traje de terciopelo negro y un gran cuello blanco que le cubría los hombros y del cual salía el lazo desmesurado de una corbata punzó; llevaba las piernas desnudas, calcetines y botinas de charol. Este traje era á la verdad poco elegante, pero almidonado, tieso, remilgado. En aquel pequeño personaje no se advertía nada que revelara ese abandono natural en su edad. Pablo le habría preferido menos atildado, más inculto, menos bonito.

Heraldo, sorprendido al pronto, se acercó resueltamente.

— Señor cura, ¿es usted el que ha de ser mi maestro?, le preguntó.

— Sí, hijo mío.

— Pues bien, me gusta usted; se lo digo de buenas á primeras, y si quiere usted ser bueno para mí, yo lo seré para usted.

Dijo esto con todo aplomo y suficiencia, denotando que era una criatura pagada de sí misma, acostumbrada á hablar á tuerto y á derecho y á que se aplaudiese cuanto decía.

El cura, poco halagado con aquella declaración, hizo al niño varias preguntas que demostraron su completa ignorancia. Salió de la casa descorazonado, pensando en aquella familia que tanto iba á cambiar sus queridas costumbres, en la vida que iba á llevar tan diferente de la deseada y en la tarea que tendría que desempeñar sin ningún auxilio y que le parecía superior á sus fuerzas.

El superior, á quien fué á contar sus temores, le contestó:

— Ya sabía yo todo eso, y precisamente porque sé lo espinoso del cometido y porque le conozco á usted, le he escogido para ello... Tenga confianza, ¡y adelante, hijo mío!

Pablo se reanimó un poco. Pero cuando por la noche se presentó á comer en aquella casa, su primera impresión de disgusto reapareció con mayor intensidad, aumentada con ese malestar, conocido de los menos tímidos, que se experimenta cuando uno se encuentra en una sociedad cuyos hábitos, relaciones y lenguaje se desconocen. Aquel lujo de que iba á verse rodeado ofuscaba la sencillez de su modestísima vida. En medio de aquellas elegancias, su pensamiento se fijaba en la humilde morada de sus padres. Su ánimo padecía á causa de las trivialidades que estaba obligado á oír. Y por lo que hacía al joven secretario de sonrisa desdeñosa, adivinaba en él disposiciones malévolas y hostiles.

Íbase apoderando de él poco á poco cierta angustia; habría deseado poder huir muy lejos, al fondo de su celda del seminario. Enteramente desesperanzado, se sentía solo y aislado, cuando se alzó el tapiz de la puerta y Lucila entró en el salón.

III

La señorita Jovenot iba á cumplir diez y siete años, esa edad ideal en que la joven empieza á gozar de la vida.

¿Era bonita, morena ó rubia, alta ó baja? Pablo no habría sabido notarlos ni decirlos. Era la doncella, es decir, lo más adorable del mundo en su gracia un

poco candorosa todavía, en su castidad angelical: era la primavera, la sonrisa, la irradiación. Pablo la miraba con tierna y religiosa sonrisa, con una impresión indefinible, exquisita, no sentida hasta entonces.

Con su sola presencia difundió al punto en torno suyo una claridad serena, análoga á la de esas apariciones celestiales que Pablo había vislumbrado á veces en sus éxtasis místicos, y bajo la influencia de aquella irradiación, todo adquirió á los ojos del sacerdote nuevo aspecto, como al través de un prisma, sin que se cuidara de analizar las causas de tan súbita metamorfosis. El padre de Lucila le pareció más formal de lo que al pronto le había juzgado. La madre dejaba entrever, en medio de su exaltación frívola, un fondo evidente de bondad. El hermanito no era más que un arbolillo torcido fácil de enderezar mediante un tutor firme. Hasta el mismo Adalberto Deruel, primo de Lucila, le pareció más digno de lástima que de odio.

Pero al mismo tiempo, algo oprimió el corazón de Pablo. Acababa de abrirse ante él un nuevo horizonte. Sentía á modo de un escalofrío inexplicable, una especie de melancolía que se apoderaba de él. En su juventud no había visto ninguna joven. Las señoritas Descordes con sus caras sin expresión le habían hecho reír. Y de pronto su vida cotidiana iba á verse confundida con la de Lucila, cuya aparición le había encantado.

No podía prever que tal le sucediera: había renunciado de antemano á todos los goces de este mundo, pero no conocía ninguno, sobre todo aquél, y en un minuto se abría paso repentinamente en su corazón una pregunta terrible: ¿tendría fuerza para resistirlo? ¿No llegaría día en que Lucila, ó cualquiera otra, ocupara algún sitio en su corazón?

Y en aquel minuto supremo vislumbró todo esto, lo comprendió, y dominándose, irguiéndose por decirlo así contra la vida, hizo en el fondo de su alma, con toda la fuerza de su ardor de joven sacerdote, como un segundo juramento que confirmaba el que había hecho al recibir las órdenes sagradas.

No era la vaga fórmula de una palabra latina pronunciada en medio de cierto aparato de renuncia y de rezos; sino que fué, allá en lo íntimo de su mente, una promesa sagrada é hija de la convicción, dolorosa y grata á la vez.

Su rostro palideció un momento; pero no pasó de aquí. Pablo se recobró y supo agradar á todos, excepto al secretario, que no apreciaba más que sus propios méritos. Tomó parte en la conversación con discreción y tacto, aunque con cierta facundia de buena ley.

Mlle. Larivière no fué la última en simpatizar con él y en dejarse conquistar.

Esta excelente persona, que confesaba tener treinta y cinco años, hacía diez que era aya de Lucila. Su rostro, de facciones borbónicas, digno y severo, fresco todavía y aun algo rubicundo y rodeado de bucles de color indeciso y de forma añeja, así como su salud exuberante, no eran por cierto los más á propósito para adivinar que poseía una naturaleza esencialmente sentimental.

Estaba de continuo abstraída en aspiraciones ideales que contrastaban en gran manera con su aspecto físico y su excelente apetito.

Le halagó en extremo que Pablo se acercase á ella después de comer, y dió al punto rienda suelta á un lirismo romántico, estimulado por la indulgencia cortés del joven sacerdote, persuadida de que por fin había encontrado el «alma-hermana» tan largo tiempo buscada.

La velada fué puramente íntima. Pablo acompañó á M. Jovenot á la sala de fumar, donde le hizo compañía con tal amenidad que el notario se olvidó de ir como todas las noches al casino, interesado en una discusión que Adalberto suscitó imprudentemente y de la que salió derrotado.

Agresivo desde los primeros momentos por efecto de esa envidia instintiva que un espíritu mezquino siente á toda naturaleza que juzga superior, el secretario atacó á Pablo con motivo de la existencia y alimentación del seminario.

Pablo, sin faltar un instante á la más exquisita urbanidad, soportó el ataque con cierta sorna delicada, un poco desdeñosa, que no pasó inadvertida á M. Jovenot ni á Adalberto. El primero se divirtió con ella, pues no profesaba gran aprecio á su secretario; pero el segundo concibió un vivo enojo que andando el tiempo debía convertirse en odio.

Cuando volvieron al salón, Lucila estaba sentada al piano. Pablo, después de oírla, emitió algunas opiniones musicales que denotaban su competencia en el asunto. Mad. Jovenot se quedó maravillada.

— ¿También sabe usted música?, le preguntó.

— Señora, me gusta mucho la música: me encanta como todo lo que es bello, puro y eleva el alma.

— ¿Supongo que no la habrá usted aprendido en el teatro de la Ópera?, preguntó Adalberto con tono burlón.

— No, señor; me la ha enseñado mi madre, que me la ha hecho sentir y comprender.

Este último incidente completó el feliz éxito del preceptor.

Tan luego como Pablo se marchó, pues no debía instalarse definitivamente en la casa hasta el otro día, M. Jovenot, verdaderamente satisfecho, dijo:

— Creo que hemos hecho una buena adquisición. Su mujer, apoyándolo, exclamó:

— ¡Delicioso!.. ¡Es delicioso!

Adalberto refunfuñaba en un rincón, mientras que Mlle. Larivière elevaba al cielo sus ojos húmedos de gratitud.

Pablo tenía conciencia de la impresión favorable que había producido, y la humildad cristiana no le impedía que experimentara por ello un legítimo sentimiento de satisfacción.

Verdad es que en el mismo éxito de esta primera prueba no veía otra cosa más que una fuerza nueva y poderosa para su misión de preceptor. Tan sólo cifraba en el niño todos los ardores de que se sentía penetrado; agrupaba en torno suyo, como auxiliares dispuestos á ayudarle en su tarea, á todos los individuos de la familia á la que acababa de ligarle el destino, sin tener en cuenta que un solo rostro joven, gracioso y sonriente, descollaba sobre todo este grupo.

Marta aguardaba á su hijo, un poco inquieta á causa de los recelos que le había manifestado éste después de su primera visita é impaciente por conocer el resultado de la segunda entrevista, más importante y más decisiva.

Cuando Pablo entró en la modesta vivienda de sus padres, donde todavía debía pasar una noche, su madre se tranquilizó al punto al ver la expresión de su fisonomía.

No tuvo aquella necesidad de hacerle ninguna pregunta. Pablo, locuaz contra su costumbre, lo refirió todo con tan exuberante verbosidad que Marta se quedó admirada; así sus emociones del principio y el cambio que se había efectuado de pronto en él, cambio que atribuía piadosamente á ese estado de gracia cuyos sorprendentes efectos había aprendido en el seminario, hasta las conversaciones de sobremesa, la discusión con el secretario, la audición musical... Repitió hasta las menores frases cruzadas, sin observar que su madre, más y más atenta, fijaba de vez en cuando en él sus ojos un poco tristes, casi asustados, cuando en su relato repetía con una frecuencia que él no notaba el nombre de la «señorita Lucila.»

Cuando se separaron, Pablo, algo extrañado de no ver á su madre más contenta, le preguntó:

— ¿Qué tienes, madre mía? Cualquiera diría que no estás enteramente satisfecha.

— Sí, sí, contestó Marta; lo estoy..., puesto que tú lo estás...

Interrumpióse bruscamente, cogió con ambas manos la cabeza de su hijo y le estampó en la frente un prolongado beso, murmurando como en una plegaria:

— ¡Que Dios te guarde y proteja, hijo querido!

Y mientras él se iba tranquilo y sosegado gracias á aquel beso de su madre, sin pensar más que en el porvenir que se abría luminoso ante él, el padre Charlier no oyó cómo Marta lloraba.

IV

Pablo tomó posesión de su empleo al día siguiente. Se le instaló en una bonita habitación del segundo piso del pabellón que habitaba la familia Jovenot. Las ventanas daban á grandes jardines resguardados, en aquel barrio privilegiado, de la invasión de otros edificios, y de este modo tenía á la vista una densa masa de verdura fresca y olorosa, que parecía separarlo de la agitación parisiense y le recordaba las queridas arboledas del parque de Issy. Su cuarto, el de Heraldo y una sala componían aquella habitación, completada con una biblioteca abundantemente provista de libros.

M. Jovenot, aficionado delicado y perito, había reunido allí las mejores ediciones de los grandes autores de todos los países, colocados en armarios de cristales perfectamente cerrados, cuyas llaves entregó á Pablo.

Aquella pieza, iluminada por tres anchas ventanas que daban paso á una luz suave á través de los transparentes, era el retiro más apetecible para trabajar, y fué el sitio predilecto de Pablo, el cual estableció allí su centro de estudios porque encontraba á mano cuantos libros necesitaba.

(Continuará)

DESCUBRIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS

EN CARTAGO

Las excavaciones emprendidas en Cartago por M. Gauckler han sido coronadas por el mejor éxito y los descubrimientos por él realizados en el templo

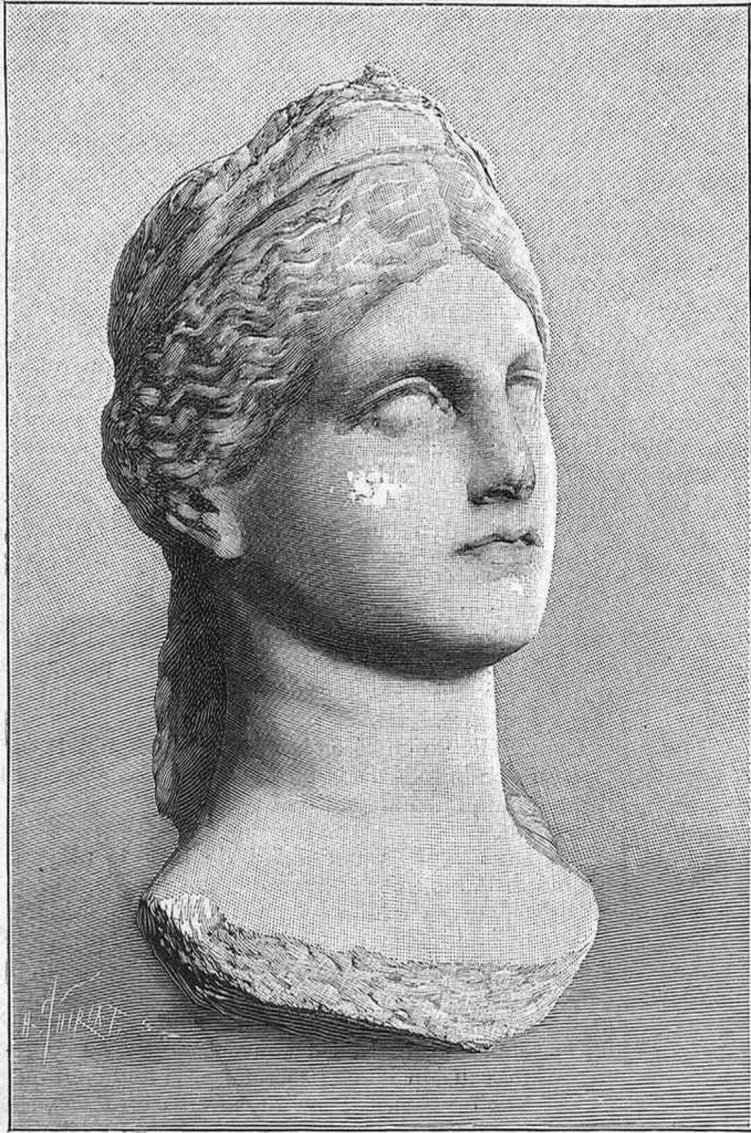


Fig. 1. - Cabeza de la estatua de Ceres recientemente descubierta en Cartago

de Júpiter Hammón y en la necrópolis tienen gran importancia arqueológica.

Dichas excavaciones se han llevado á cabo cerca de las cisternas de Bordj-Djedid, en un terreno que se extiende entre la gran trinchera en donde Vernay encontró en 1885 los primeros sepulcros cartagineses, y la necrópolis púnica de Duimés, explorada posteriormente con tan buenos resultados por el P. Delatre. Esta región es una de las más importantes de Cartago, pues en ella han dejado las pasadas y venidas civilizaciones sus huellas en forma de capas de sedimento sobrepuestas de siete á ocho metros de espesor.

Descombrando el suelo encuéntranse en primer término ladrillos de tierra cocida, lámparas y monedas; á partir de una profundidad de 1'50 metros aparecen algunas tumbas bizantinas y debajo de éstas varias construcciones de aquella época, entre ellas una casa romana que parece datar del período constantiniano, aun cuando contiene objetos de época anterior. Esta casa es en extremo interesante: en el centro hay un surtidor y más allá dos habitaciones embalsadas de mosaicos: el mayor de éstos tiene cuatro metros de ancho por cinco de largo y representa un paisaje marítimo, en cuyo centro se ve un pabellón sombreado por frondosos árboles y alrededor de él un grupo numeroso de gente que pesca ó rema. En la parte inferior están representadas varias escenas mitológicas: una de ellas es Anfitrite cubierta de joyas que sale de una inmensa concha sostenida por dos monstruos marinos y se mira al espejo. A ambos lados, dos medallones ostentan los bustos de un tritón y una tritona que tocan caracoles de mar. El otro mosaico, menos importante, figura una caza de fieras.

A juzgar por el estilo y el dibujo, estos dos mosaicos no se remontan más allá del siglo IV, perteneciendo á la época cristiana. El asunto de uno de ellos es, sin embargo, de inspiración francamente pagana. La explicación de esto es sencilla, pues cuando se arrancaron estos mosaicos, que fueron llevados al Museo del Bardo, se vió que ocultaban construcciones más antiguas completamente cegadas.

Prosiguiendo las excavaciones se encontraron un estrecho corredor y los peldaños de una escalera y bajando por ésta descubrióse una sala muy notable. Por todos lados se pisaban fragmentos de estuco pintados y moldeados y al otro lado de una pared que dividía aquella sala en dos encontráronse restos de todas clases: lámparas cristianas de diferentes formas, estucos de vivos colores y de estilo enteramente pompeyano, estatuillas paganas deterioradas sin duda por el martillo de los iconoclastas, entre ellas una Venus púdica, un delfín, un Júpiter sentado con el águila, un Baco dando de beber á la pantera, un joven sentado y vestido con la clámide, una cabeza de Amor, una máscara de Sileno, una cabeza de león, dos estatuas del dios Mitrah en tierra cocida y otras.

En un rincón de la sala descubrióse empotrada en la pared una gran lápida de mármol blanco con una dedicatoria á Júpiter Hammón, identificado con el dios Silvano, adorado por los bárbaros: *Jovi, Hammóni, Barbaro, Sylvano*. Debajo de esta dedicatoria hay otra de fecha muy posterior y al pie de ambas se ven la cabeza en mármol blanco de un toro votivo que lleva entre sus cuernos una especie de media luna con una inscripción dedicada á Saturno (fig. 2), unos veinte betilos de granito, varias bolas de piedra, algunas de ellas atravesadas por una barrita de bronce, y discos ó balas ovoides de barro cocido.

El descubrimiento de estas balas tiene cierta importancia: ya en Cartago habíase encontrado gran cantidad de ellas, pero se ignoraba su destino y se las consideraba generalmente como proyectiles lanzados por los cañones turcos del siglo XVI ó por las hondas de los arqueros cartagineses; pero el hecho de haber sido encontradas en montón con otros objetos de culto debajo de un mosaico del siglo IV demuestra que son de aquella época y paganas y que lejos de presentar un carácter exclusivamente guerrero tenían un carácter votivo.

En el fondo de aquel oscuro salón, en una especie de cueva, se encontraron cuatro estatuas de mármol blanco casi intactas, tres de ellas de un metro de alto y la cuarta más

pequeña y de una labor más basta. Las tres primeras forman una triada análoga á la de las estatuas colosales encontradas en el sebkha de Kheredine, que figuran en el Museo del Bardo; pero así como éstas representan la Isis cartaginesa entre dos sacerdotisas peinadas según la moda del siglo V, aquéllas representan al Deméter griego, la Ceres africana romana (fig. 1) que reemplazó á la Tanit fenicia, acompañada del esbelto canéforo Oncistoforo y de una joven envuelta en transparentes velos. Estas estatuas, perfectamente conservadas, son muy elegantes y están cinceladas con gran arte en un mármol de tonos dorados y de un grano finísimo, y ostentan algunos ligeros toques de pintura que hacen resaltar los rasgos característicos de la escultura y producen la ilusión de la vida. Habían sido escondidas en el subterráneo, cuya entrada (fig. 3) fué cuidadosamente cegada y tapiada y cubierta luego con un mosaico para disimularla mejor. ¿Por qué tantas precauciones para hacer desaparecer todas estas maravillas? Probablemente para sustraer temporalmente estos preciosos ídolos á los ultrajes de los cristianos vencedores. Los últimos fieles de Deméter Tanit, los últimos sacerdotes de Júpiter Hammón, de Silvano, de Saturno, en el momento de la derrota del paganismo, quisieron reservarse para el porvenir, esperando que volverían á lucir para ellos mejores días. Pero sus esperanzas no se realizaron y la muerte les sorprendió dejando sus tesoros disimulados bajo una capa de tierra y escombros de algunos metros de espesor.

Debajo de aquel templo de Júpiter Hammón descubrióse la necrópolis púnica, cuyos sepulcros nos transportan al siglo VI antes de la era cristiana. Esos campos de reposo eterno en donde Cartago enterra-

ba sus muertos fueron respetados mientras los cartagineses conservaron su independencia y se extendieron alejándose del centro de la ciudad: los más apartados de ésta datan aproximadamente del siglo III antes de J. C.; los más antiguos, por el contrario, son los más próximos á las viviendas de la Cartago primitiva. Estas tumbas están abiertas en la roca, en la meseta de toba que se extiende más allá de Bordj-Djedid.

Los primeros sepulcros que hizo abrir M. Gauckler son simples fosas de inhumación abiertas en la arena virgen, y no contienen generalmente más que el escarabajo de cornalina ó de plata, especie de tarjeta de identidad del difunto, un anillo de bronce, una figura pintada que servía de amuleto protector, un disco de huevo de avestruz, algunas cuentas de collar, unos pocos utensilios de barro y ninguna moneda. Otras fosas están cubiertas por una sencilla losa, y en una de ellas se ha recogido una especie de máscara púnica de gran tamaño, casi intacta, de tierra cocida, muy parecida á otra del mismo género encontrada por el P. Delatre. Otra contiene un cilindro asirio de jade que figura el dios Marduck estrangulando á un monstruo alado.

A medida que se avanza hacia la colina, los sepulcros son más numerosos y más ricos, y algunos de ellos están dispuestos en forma de artesas completamente cubiertas de baldosas. En ellas se han recogido joyas de plata, collares, gran número de cuentas de pasta vidriosa y de piedras duras, amatista, ágata, cornalina, pendientes y varias sortijas de oro.

Recientemente ha descubierto M. Gauckler dos grandes tumbas de construcción análoga á la de Iadamelek encontrada en 1894 á la misma profundidad de siete metros. La cámara funeraria está cerrada por un monolito; el techo plano está protegido por una serie de monolitos dispuestos en forma de caballete y en el interior tiene un armazón de cedro, cuyos restos caen reducidos á polvo á la presión del dedo. Las paredes están revestidas de una capa de estuco de deslumbrante blancura. El muerto está tendido en el suelo sin ataúd y lleva puestas varias joyas. En un rincón hay varias jarras de grandes dimensiones.

En la primera tumba hay dos esqueletos, marido y mujer. El hombre tiene puesta en el dedo una sortija de plata con escarabajo de cornalina y sello; la mujer una arracada, un trozo de collar, una sortija de oro macizo con un ureus alado y dos palomas. La segunda tumba sólo contenía el cuerpo de un hombre á cuyo lado había dispuesto un sitio para

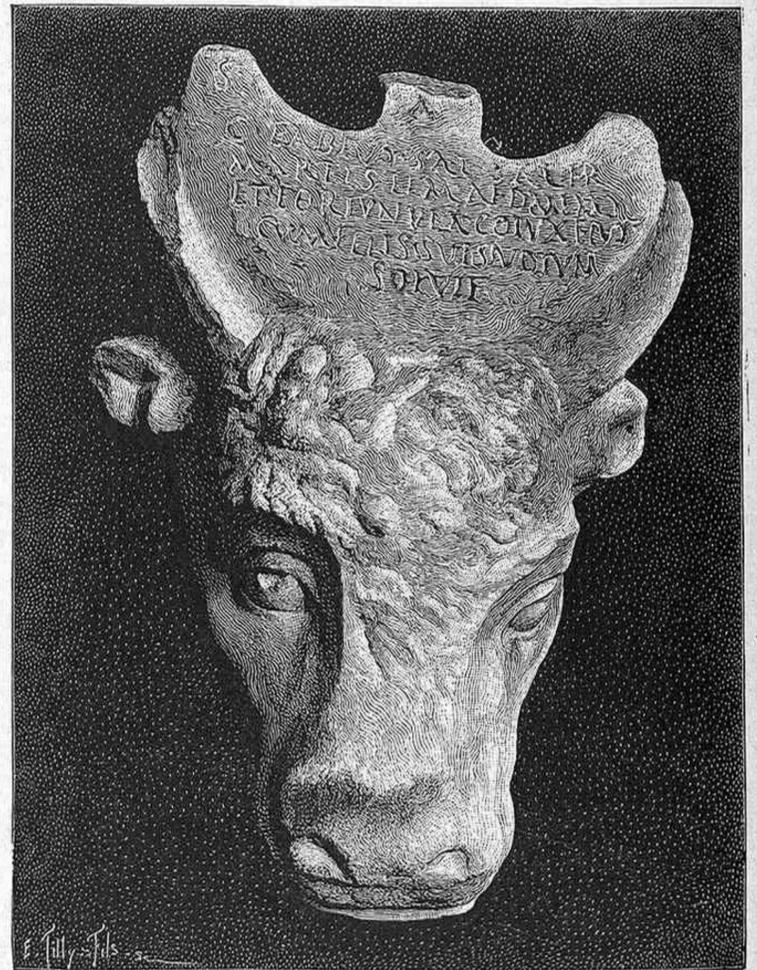


Fig. 2. - Toro votivo á Saturno encontrado en el santuario de Júpiter Hammón de Cartago

otro cadáver: en ella no se recogieron más que una sortija de plata con escarabajo de cristal, dos cilindros de oro, un cántaro, una copa y varias vasijas.

Al lado de estas dos tumbas descubrióse otra de

construcción mucho más sencilla, pero dotada en cambio de un mobiliario funerario mucho más rico. En ella había el cadáver de una mujer, tal vez una sacerdotisa, que empuñaba con su mano izquierda un gran espejo de bronce y con la derecha pesados platillos del mismo metal. En la muñeca izquierda ostentaba un brazalete de perlas, escarabajos y figuritas, y en la derecha varias ajorcas de plata y marfil; llevaba en los dedos varias sortijas de plata y una de oro; en la oreja izquierda un pendiente de oro con la cruz en *tau* y en el cuello un collar de oro macizo compuesto de cuarenta elementos de diversas formas simétricamente dispuestos con un broche central en forma de media luna. Además se encontraron junto á este esqueleto un collar de plata, un aríbalo, un gran



Fig. 3. - El escondrijo del templo de Júpiter Hammón en Cartago. - Vista de la cueva tapiada en donde se han encontrado las estatuas y las inscripciones

frasco de esmalte cubierto con una hoja de oro, una estatuita de loza policroma, de estilo egipcio, discos de huevos de avestruz pintados, conchas llenas de un afeite de color de púrpura, vasijas y una lámpara, constituyendo todo ello uno de los mobiliarios más ricos encontrados hasta ahora en Cartago. En presencia de los magníficos resultados obtenidos bien puede afirmarse la excepcional importancia arqueológica de los descubrimientos de M. Gauckler. Estas excavaciones realizadas en la antigua necrópolis de Cartago nos revelan una civilización muy extraña, refinada ya, pero impregnada todavía de elementos asiáticos ó egipcios y que apenas ha sentido la influencia de los pueblos de Occidente con los cuales se pone en contacto.

H. LAURISTON.

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBÈRES 1894 +
DE APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 CAPSULAS DE LOS JORET Y HOMOLLE EVITAN DOLORES, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGAS

ANTI-ASMATICOS BARRAL
 PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
 EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
 Disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
 ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
 78, Faub. Saint-Denis
 PARIS
 y en todas las Farmacias.

JARABÉ DE DENTICION
 FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
 Los SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
 EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS
 VIA FUMOUZE-ALBESPEYRES DEL DR. DELABARRE

ACRITUD DE LA SANGRE
ROB BOYVEAU LAFFECTEUR
 CÉLEBRE DEPURATIVO VEGETAL
 prescrito por los Médicos en los casos de
 ENFERMEDADES DE LA PIEL
 Vicios de la Sangre, Herpes, Acne.
 102, Rue Richelieu, Paris y en todas Farmacias del extranjero.
 EL MISMO AL YODURO DE POTASIO
 TRATAMIENTO Complementario del ASMA
 Soberano en
 Gota, Reumatismos, Angina de pecho, Escrófula, Tuberculosis.

El único Legítimo
VINO DEFRESNE
 con
PEPTONA
 es
 el más precioso de los tónicos y el mejor reconstituyente.
 PARIS : 4, Quai du Marché-Neuf
 Y EN TODAS FARMACIAS.

Jarabe de Digital de **J LABELONYE**
 contra las diversas Afecciones del Corazon, Hidropesias, Tosas nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor éxito

El mas eficaz de los Ferruginos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
G GÉLIS & CONTÉ
 Grageas al Lactato de Hierro de
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

ERGOTINA y Grageas de B ERGOTINA BONJEAN
 HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las pérdidas.
 Medalla de Oro de la Sa^d de F^{ia} de Paris
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exijase el producto verdadero y las señas de
 BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

CEREBRINA
 REMEDIO SEGURO CONTRA LAS
JAQUECAS, NEURALGIAS
 Suprime los Cólicos periódicos
 E. FOURNIER Farm^a 114, Rue de Provence, en PARIS
 La MADRID, Melchor GARCIA, y todas farmacias
 Desconfiar de las Imitaciones.

AVISO A LAS SENORAS
EL APIOL DE LOS JORET Y HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS
 FABRIANT 150 R. RIVOLI PARIS
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Laroze
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastralgias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.
JARABE al Bromuro de Potasio
 DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS
 Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la denticion; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.
 Fábrica, Especiones : J.-P. LAROZE & C^{ie}, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D^r CORVISART. EN 1858
 Medallas en las Exposiciones Internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1867 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
 DISPEPSIAS
 GASTRITIS - GASTRALGIAS
 DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
 FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
 ELIXIR. . . de PEPSINA BOUDAULT
 VINO . . . de PEPSINA BOUDAULT
 POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 y en las principales farmacias.

REMEDIO de **ABISINIA EXIBARD**
 En Polvos y Cigarrillos
 Alivia y cura GATARRO,
 BRONQUITIS,
 OPRESION
ASMA
 y toda afección
 Espasmódica
 de las vias respiratorias.
 25 años de éxito. Med. Oro y Plata
 J. FERRÉ y C^{ie}, Nos. 102, R. Richelieu, Paris.



El dolor consolado por el recuerdo, relieve de Leonardo Bistolfi

JARABE ANTIFLOGÍSTICO DE BRIANT

Farmacia, CALLE DE RIVOLI, 150, PARIS, y en todas las Farmacias
El JARABE DE BRIANT recomendado desde su principio por los profesores
Laënnec, Thénard, Guersant, etc.; ha recibido la consagración del tiempo: en el
año 1829 obtuvo el privilegio de invención. VERDADERO CONFITE PECTORAL, con base
de goma y de ababoles, conviene sobre todo a las personas delicadas, como
mujeres y niños. Su gusto excelente no perjudica en modo alguno a su eficacia
contra los RESFRÍADOS y todas las INFLAMACIONES DEL PECHO y de los INTESTINOS.

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR

DEHAUT

DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan.
No temen el asco ni el cansancio, porque, contra
lo que sucede con los demás purgantes, este no
obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos
y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té.
Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la
comida que mas le convienen, según sus ocupa-
ciones. Como el cansancio que la purga
ocasiona queda completamente anulado por
el efecto de la buena alimentación
empleada, uno se decide fácilmente
á volver á empezar cuantas
veces sea necesario.

◀ **ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD, HIERRO QUEVENNE**
Curadas por el Verdadero
Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTÁTICA

Se receta contra los *Flujos*, la
Clorosis, la *Anemia*, el *Apoca-*
miento, las *Enfermedades* del
pecho y de los *Intestinos*, los
Espantos de sangre, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida
á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. — DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso **REGENERADOR**

prescrito por los Médicos.

Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de
carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el
hierro es un auxiliar precioso en los casos de: *Clorosis*, *Anemia profunda*,
Menstruaciones dolorosas, *Calenturas de las Colonias*, *Malaria*, etc.

102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.

EL APIOL de los Dres **JORET Y HOMOLLE** regulariza los **MENSTRUOS**

GARGANTA

VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta,
Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la
Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Iri-
tacion que produce el Tabaco, y especialmente
á los Sñrs PREDICADORES, ABOGADOS,
PROFESORES y CANTORES para facilitar la
emision de la voz. — Precio: 12 REALES.

Exigir en el rotulo a firma
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO

PASTILLAS y POLVOS

PATERSON

en BISMUTHO y MAGNESIA

Recomendados contra las Afecciones del Estó-
mago, Falta de Apetito, Digestiones labo-
riosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos;
regularizan las Funciones del Estómago y
de los Intestinos.

Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida
curación de las *Afecciones del*
pecho, *Catarros*, *Mal de gar-*
ganta, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*,
Dolores, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de
este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. — PARIS, 31, Rue de Selne.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin
ningun peligro para el cutis. **50 Años de Éxito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia
de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para
los brazos, empléese el **FILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN